

EL ITINERARIO ESPIRITUAL DEL CRISTIANO SEGÚN LA HOMILÍA XXVII SOBRE EL LIBRO DE LOS NÚMEROS DE ORÍGENES *

I. Introducción

Este tema del itinerario espiritual del cristiano entra de lleno en el campo que podríamos denominar la teología espiritual origeniana, campo en el que al maestro alejandrino bien puede considerársele como el teólogo cristiano más considerable de los primeros siglos. Actualmente su influencia al respecto en otros autores posteriores, que por mucho tiempo fue ignorada, nos es bien conocida. Basta citar grandes nombres-hombres de la época patristica como Gregorio de Nisa, Evagrio Póntico, el Seudo Dionisio, Máximo el Confesor, Juan Casiano, o posteriores como Bernardo de Claraval, Buenaventura, Taulero, Juan de la Cruz, para constatar que la pervivencia posterior de la teología espiritual de Orígenes fue formidable.

Ciertamente antes de Orígenes la Iglesia contó con grandes hombres espirituales, como Pablo de Tarso, Ignacio de Antioquía, Ireneo de Lyon, entre otros, pero cupo al alejandrino la sistematización de la experiencia espiritual, empleando para ello categorías de la mística platónica de su tiempo. Esto, con un matiz característico: el trasfondo mayoritariamente bíblico de su teología espiritual. No solamente Orígenes decía y creía que no existía ningún libro que superase a la Sagrada Escritura sino que, para él, esta contiene en su seno todo lo relativo a la teología dogmática y a la teología mística, es decir, en ella se encuentra lo relacionado con el sentido eclesialístico y con el sentido individual.

Movido por esta creencia, Orígenes llegó a interpretar las páginas sagradas como referidas a la vida del alma y sus relaciones con Cristo, razón por la cual no debemos detenemos en la mera letra o envoltura de la Escritura, sino ahondar en su sentido espiritual. Evidentemente, este viaje a las entrañas de la Biblia solamente puede hacerlo

(*) Ponencia presentada en el *Encuentro de Patrología* organizado por la Sociedad Argentina de Teología (1998).

el hombre espiritual, aquel para quien el Espíritu Santo de Dios corre el velo de la letra, haciéndolo encontrar bajo ella el alimento espiritual de su alma. Tener en cuenta esta simbólica espiritual de la Escritura es importante, no solamente por la influencia posterior que tendrá en la literatura mística, sino porque el maestro alejandrino describe desde esta simbólica las grandes etapas del itinerario espiritual del cristiano.

Dos constataciones más se imponen. La primera de ellas, conocida y aceptada actualmente, es el hecho que, a partir de la visión platónica de la realidad con la que piensa, razona, interpreta la Escritura, hace teología y espiritualidad, Orígenes concibe el mundo o la realidad como un mundo simbólico, organizado en dos planos o niveles de configuración: el superior, de las ideas, inteligible, nivel de la verdad y autenticidad de las cosas que existen, llamado a permanecer para siempre; y, por contrapartida, el plano inferior, sensible y material, nivel de lo fenoménico y de lo empírico, que es figura y sombra del otro plano superior, también real, pero llamado a dejarle paso al superior. Esta postura, que además de a la Biblia igualmente aplicará a la Encarnación de Cristo (a su condición de *Logos-Hombre*),¹ a la Iglesia y a los Sacramentos, tiene sus consecuencias a ni-

1. Para Orígenes los cristianos "simples" son los que se adhieren al Cristo-Hombre, mientras que los "perfectos" se adhieren al *Logos*, es decir, a Cristo en cuanto Dios; por esto es necesario pasar del Cristo encarnado al *Logos*, es decir, de la humanidad a la divinidad de Cristo. Esto equivale a considerar que la humanidad del Salvador tiene un carácter propedéutico y pedagógico para los que son imperfectos. Sin negar que este pensamiento tiene sus peligros, es necesario afirmar que el mismo no significa que el maestro alejandrino elimine o suprima la realidad de la humanidad de Cristo en el proceso espiritual del cristiano, sino que más bien esta es transfigurada por la luz de la divinidad. De hecho, en algunos pasajes él se refirió a la humanidad del Señor con notas de exquisita ternura, por ejemplo: "Entre tantas cosas admirables que hemos considerado en la naturaleza del Hijo de Dios, admiramos con estupor que esta naturaleza que lo supera todo, anonadando su estado de majestad, se haya hecho hombre y haya vivido entre los hombres... De todo lo que es admirable en él, eso excede profundamente la admiración del espíritu del hombre cuya fragilidad no llega a comprender que esta potencia de la divina majestad, Verbo y Sabiduría del Padre en quien son creadas todas las cosas visibles e invisibles, deba concebirse como habiendo estado encerrada en este hombre que apareció en Judea y haya nacido como niño y haya gemido como niño. Creo que tal cosa excede la capacidad de los santos apóstoles; y es más, la explicación de este misterio trasciende toda la creación de las virtudes celestes" (*Tratado de los principios* II, 6, 2: SCh 252, 1978, pp. 311-313).

vel espiritual, pues en adelante descubrir el significado profundo de las cosas oculto en ellas estará relacionado con un diferente acercamiento o progreso espiritual, según la capacidad penetrativa de quien se acerca.

Este progreso espiritual por un lado debe ser continuo y, de hecho, Orígenes lo concebirá relacionado a la comprensión que tengamos de la Escritura (de aquí su clásica división de los cristianos en principiantes o simples, progredientes o avanzados y perfectos), pero por otro -y esta es la segunda constatación- su meta debe ser la adhesión cada vez mayor a Cristo. Esta adhesión a Cristo es posible, porque primero él, por pura condescendencia, se ha abajado hasta el hombre, para que este le reciba o asimile, de acuerdo a su capacidad espiritual. Precisamente este adecuarse a Cristo será uno de los temas recurrentes en la cristología origeniana, como tendremos ocasión de constatarlo más adelante.

Terminamos estas palabras introductorias agregando solamente que esta presentación dinámica de la vida espiritual aparecerá como una idea vectora a lo largo y a lo ancho de la obra de Orígenes, quien no sólo subrayará el sentido evolutivo de la vida cristiana, sino también la tensión existente para aquellos que ya se han adherido al *Logos* y pueden considerarse en el estado de alma-esposa de Cristo,² que él verá simbolizado en el *Cantar de los Cantares*.

II. La Homilía XXVII sobre el libro de los Números

Las *Homilías sobre los Números* (28 en total) fueron pronunciadas en Cesarea de Palestina y revelan a un Orígenes que no es solamente filósofo sino sobre todo teólogo y pastor (recordemos que en esta época ya había sido ordenado presbítero), entendido en las cuestiones relativas a la vida religiosa y mística. Su interés por el adelantamiento espiritual del cristiano lo lleva a prestar atención a las repercusiones morales y espirituales del texto bíblico que comen-

2. Aquí subyace el pensamiento que nadie puede considerarse perfecto o espiritual sino solamente Cristo, en cuya comparación todos somos como niños.

ta y las señala con pedagogía de catequista a los fieles más simples, recurriendo al uso de imágenes para expresar mejor e ilustrar sus conceptos. Estas homilias las conocemos gracias a la traducción latina que Rufino de Aquileya realizó en 410.³

Entre estas homilias sobresale de manera especial la *Homilía XXVII*, que el autor dedica íntegramente a comentar el viaje del pueblo de Israel, desde el Egipto de la esclavitud hasta la Tierra Prometida.⁴ Para Orígenes este éxodo representa el camino espiritual del cristiano quien, abandonando el pecado, lucha por alcanzar el conocimiento y la unión con Dios. Especial atención le merece en esta homilía, naturalmente, el tema de la lucha espiritual, que se caracteriza por ser continua, de la misma manera como en el pensamiento del alejandrino el progreso espiritual es, según ya lo hemos señalado, de por sí constante.

También en esta homilía encontramos esbozadas las tres grandes etapas del itinerario espiritual del cristiano que se han hecho tradicionales desde entonces: a grandes rasgos serían la conversión, la purificación y la unión con Dios. La literatura espiritual posterior las ha popularizado con los nombres de "vías": purificativa (o "purgativa" –término que Orígenes nunca utilizó–), iluminativa y unitiva.

Además de tener en cuenta esta diferencia de denominaciones, es preciso recordar una característica metodológica peculiar del pensamiento teológico origeniano, a saber: el maestro alejandrino no agota su interpretación en un solo texto, sino que ofrece varias posibilidades en diversos lugares de su obra, dejándole al lector la tarea de elegir la que más le agrada. Esto explica que el tema del itinerario espiritual del alma no solamente esté tratado en esta *Homilía XXVII sobre el libro de los Números*, sino que también sea abordado –aunque no tan exhaustivamente– en las *Homilias sobre el Éxodo* y, de

3. Estas homilias han sido publicadas en la colección *Sources Chrétiennes* por ANDRÉ MÉHAT en *Origène. Homélie sur les Nombres*, Paris, 1951 (SCh 29). Recientemente en la misma colección se ha publicado el texto bilingüe de las diez primeras homilias, en traducción de LOUIS DOUTRELEAU, *Origène. Homélie sur les Nombres I (Homélie I - X)*, Paris, 1996 (SCh 415).

4. Existe traducción de esta homilía, con introducción y notas de ROBERTO PEÑA en *Cuadernos Monásticos XXXIII* (nº 124), pp. 49-89 (1998); XXXIII (nº 125), pp. 187-213 (1998).

manera especial, en el *Comentario al Cantar de los Cantares*. Se podría decir que en las *Homilías sobre los Números* y en las *Homilías sobre el Éxodo* comenta principalmente lo relacionado con las dos primeras grandes etapas: la conversión y la purificación, mientras que la unión mística queda reservada al *Comentario al Cantar de los Cantares*.

Esta manera de argumentar, propia de Orígenes, amerita compulсар todas estas fuentes para podernos dar una idea general del pensamiento del alejandrino. Pero, en el tema que nos ocupa, tampoco debemos olvidar que de los diez libros que componían el *Comentario al Cantar*, solamente poseemos los primeros cuatro (donde comenta hasta *Cant 2, 15*), en versión latina de Rufino.⁵

Antes de comentar propiamente el itinerario espiritual del cristiano, quisiera subrayar algunos aspectos rescatables del amplio preámbulo sobre las diferentes clases de alimentos en las Escrituras con que Orígenes empieza la *Homilía XXVII sobre el libro de los Números* (en adelante *Hom. Núm. 27*).

En primer lugar Orígenes afirma que así como hay muchas clases de alimentos adaptados a las diferentes especies que los consumen, en el campo de las realidades espirituales el verdadero alimento de la naturaleza razonable (espiritual) es la palabra de Dios (*Hom. Núm. 27, 1*), es decir, la Razón de Dios (Logos), unida hipostáticamente en la persona de Cristo.⁶ Sin embargo, aunque todas las natu-

5. De esta obra existe traducción castellana de ARGIMIRO VELASCO DELGADO en *Orígenes. Comentario al Cantar de los Cantares*, Madrid, 1986 (Biblioteca de Patrística, 1).

6. Para comprender el pensamiento de ORÍGENES, ténganse en cuenta lo que escribe en *Contra Celso* VIII, 72: "[...] Nosotros afirmamos que el *Logos* dominará un día sobre toda la naturaleza racional y transformará a toda alma en su propia perfección; cuando cada uno, haciendo simplemente uso de su potestad, elija lo que quiera y permanezca en lo que eligiere. Decimos además que, si en las enfermedades y heridas corporales las hay más fuertes que toda arte médica, no es verosímil que en las almas haya maldad alguna que no pueda ser curada por el *Logos-Dios*, que todo lo domina. Porque, como el *Logos* es más poderoso que todos los males que aquejan al alma, y más poderosa también la virtud curativa que hay en Él, la aplica a cada uno según la voluntad de Dios; y así el término y fin de todas las cosas es la destrucción de la maldad. Ahora, si esa destrucción será de forma que no pueda por ningún caso volver a aparecer, o todavía pueda, no toca esclarecerlo en el presente discurso" (trad. de DANIEL RUIZ BUENO en *Orígenes. Contra Celso*, Madrid, 1967, p. 582 [BAC 271]).

ralezas racionales se alimentan del Verbo de Dios, no todas lo toman bajo la misma forma. Esta idea es importante y recurrente en la espiritualidad de Orígenes, pues no sólo la aplica a los diversos sentidos de la Escritura (el cristiano “simple” se contenta con el sentido literal, mientras que el “perfecto” busca el espiritual), sino que también la aplica a Cristo: el Logos no obra con todos de la misma manera sino que, pedagógicamente, se amolda a la condición particular de cada cristiano, haciéndose más accesible (como leche o verdura) para quien es imperfecto, mientras que se muestra más exigente, a nivel de profundidad espiritual, para quien ya ha progresado (se da como manjar sólido). Relacionado con esto está el tema de los “épinoiái” o diversos nombres de Jesús, con los que él se muestra bajo formas diferentes, según la capacidad de las almas y su progreso espiritual; estos nombres también expresan las variadas formas de su mediación para con nosotros.⁷

La centralidad de la Palabra de Dios en la vida del cristiano es puesta de manifiesto por Orígenes a continuación, al afirmar que así como ocurre con la alimentación, también aquella “comporta un régimen lácteo, que es la enseñanza exotérica y simple como es la de la moral, que se da a los principiantes en los estudios divinos cuando reciben los rudimentos de la ciencia racional” (*Hom. Núm. 27, 1*), y aquí cita como exentos de obscuridad a los libros de *Ester*, el de

7. Los textos al respecto son abundantes, uno significativo entre tantos sería, por ejemplo: “Jesús, aunque fue uno, era diverso en cuanto a los aspectos (*epinoiái*) y no era visto del mismo modo por los que le contemplan. De sus propias palabras resulta con claridad que fue diverso en cuanto a la idea: *Yo soy el camino, la verdad y la vida; yo soy el pan; yo soy la puerta* (*Jn 14, 6; 6, 48; 10, 9*). Y también el hecho de que, cuando se le veía, no aparecía del mismo modo a los que le veían sino de acuerdo con lo que podían recibir, resultará claro a los que saben por qué en el momento de ser transfigurado en la alta montaña, no llevó consigo a todos los apóstoles, sino solamente a Pedro, a Santiago y a Juan, por ser los únicos capaces de contemplar su gloria, con posibilidad de conocer a Moisés y Elías apareciendo en su gloria y escucharles hablar entre ellos y oír la voz que venía del cielo a la nube. Y antes de subir a la montaña adonde sus discípulos se allegaron y donde habló de bienaventuranzas, en tanto que al pie de la montaña curaba a cuantos le eran llevados, no creo que apareciera él mismo a los ojos de los enfermos que a los de aquellos que, en buena salud, podían subir con él a la montaña” (ORÍGENES, *Contra Celso* II, 63; trad. cit., p. 161).

Judit, Tobías y los preceptos de la *Sabiduría*;⁸ pero también existen otros libros o pasajes -entre los que se cuentan el *Levítico* y el pasaje de los *Números* que quiere comentar- que a primera vista parecen inútiles y en los cuales “no hay remedio para sus males ni nada para la salvación de su alma”, por lo que “los rehusará y los rechazará en seguida como alimentos pesados e indigestos, mal adaptados a un alma débil y enfermiza” (*Hom. Núm. 27, 1*).

La dificultad es cierta pero, ¿qué hacer? La sugerencia origeniana no es menos clara: por un lado no rechazar ninguno de los pasajes de la Escritura (Libros divinos) que parecen más oscuros o difíciles de comprender sino que, “cada uno según su salud y sus fuerzas, debe utilizar estos textos que son palabra de Dios y cuya diversidad ofrece una alimentación adaptada a las posibilidades de las almas” (*Hom. Núm. 27, 1*); pero, por otro, rogar al Espíritu Santo de Dios que nos corra el velo de las Escrituras y nos explique sus misterios. Así resume Orígenes su pensamiento:

Hemos comenzado por este preámbulo para despertar sus corazones, porque la lección que tenemos entre manos es de las que parecen difíciles de comprender e inútiles de leer. Pero nosotros no podemos decir que en los escritos del Espíritu Santo haya algo inútil y superfluo, incluso si a alguno le parece que hay oscuridades.⁹ Más bien, debemos volver los ojos de nuestra inteligencia hacia Él que ordenó escribir, y preguntarle su sentido.¹⁰ ¿Hay debilidad en nuestra alma? Que Él nos cure, *Él que cura todas las enfermedades* (*Sal 103 [102], 3*); ¿estamos

8. Estos libros eran considerados como la base de la enseñanza moral para los principiantes. Este texto es importante en relación a la contribución origeniana al establecimiento del canon escriturístico, pues coloca en el mismo plano al libro de *Ester* (que pertenece al canon judío), y los libros de *Judit, Tobías* y la *Sabiduría* (que formaban parte del canon alejandrino).

9. Para el maestro alejandrino el texto material de la Biblia estaba inspirado hasta en sus detalles más pequeños, que serán siempre misterios; por esta razón consideraba que en ella no hay nada casual ni inútil, lo que sale al paso de la postura gnóstica, que seleccionaba, cortaba o rechazaba algunas partes de la Escritura. Esta manera de pensar también explica el interés origeniano por los trabajos de filología bíblica, como paso previo a su labor exegética.

10. Orígenes afirma claramente que es el Espíritu de Dios (o Jesús mismo) quien nos corre el velo de la letra para que podamos comprender los misterios encerrados en las Escrituras, abre y sana nuestros ojos para que veamos los secretos de la Ley: “No es fácil para cualquiera el descubrir todas las alegorías que este tema [se está refiriendo a Abimelec y Sara] encierra. Debe, con todo, rezar para que le sea quitado el

todavía en la niñez de la inteligencia?, que el Señor que guarda a los pequeños nos asista, nos dé de comer y nos lleve a la *medida de su edad* (Ef 4, 13). Porque en nosotros está a la vez el pasar de la enfermedad a la salud y de la niñez a la edad viril.¹¹ Así pues, en nosotros está el preguntarle a Dios; pues Dios tiene la costumbre de dar a los que piden y abrir a los que llaman (ver Mt 7, 7) (*Hom. Núm. 27, 1*).

La utilidad para la salvación de la narración de *Números* sobre la travesía del pueblo de Israel en el desierto, Orígenes la percibe en el dato que señala el texto mismo: fue puesto por escrito “por orden de la palabra del Señor”. Es decir, si tenemos en cuenta que Dios no comete pasos en falso en la “economía” de la salvación, podemos colegir también que misteriosamente este texto tiene un provecho que nosotros debemos aprender a sacar de él, y que es precisamente aquello en lo que el comentarista nos quiere ayudar:

Está escrito: He aquí las etapas de los hijos de Israel desde que salieron de la tierra de Egipto con sus fuerzas, de la mano de Moisés y de Aarón. Y Moisés escribió sus progresos y sus etapas por orden de la palabra del Señor (Núm 33, 1-2), etc... ¿Han oído? Moisés escribió esto por orden de la palabra del Señor. ¿Y por qué el Señor quiso que esto fuera escrito? ¿La puesta por escrito de las etapas recorridas por los hijos de Israel debe servirnos de algo o no servirnos de nada? ¿Y quién osaría decir que unos documentos escritos por orden de la palabra del Señor no tienen ninguna utilidad, no contribuyen en nada a la salvación, y no hacen más que contar el suceso sin que nos venga ahora ninguna ventaja de esta relación? Tal opinión es impía y contraria a la fe católica; dejémoselo a quienes pretenden que el Dios de la Ley y el de los Evangelios no es uno sólo y único Dios, Padre de

velo que está sobre su corazón que se esfuerza por volverse al Señor; pues el Señor es el Espíritu, debe rogarse para que el Señor mismo quite el velo de la letra y haga brillar la luz del Espíritu” (ORÍGENES, *Homilías sobre el Génesis* VI, 1: Sch 7 bis, 1976, p. 185).

11. La insistencia de Orígenes en el libre albedrío del hombre lo distingue de la mayor parte de los gnósticos, para los cuales las diferencias intelectuales no provienen de la voluntad, sino de la naturaleza (por esto dividían a los hombres en tres categorías, prácticamente estancas: 1. *hylicos o materiales* -destinados a la perdición-; 2. *psíquicos* -que solamente podrían salvarse si alcanzaban el grado superior de la *gnosis*-; y 3. *pneumáticos*, los verdaderos *gnósticos* -que eran pocos y tenían asegurada su salvación eterna-).

*Nuestro Señor Jesucristo (Rom 15, 6).*¹² ¿Qué pensamientos debe, por lo tanto, sacar de estas etapas una inteligencia iluminada por la fe? En la medida en que tengamos tiempo, tratemos de exponer brevemente lo esencial (*Hom. Núm. 27, 2*).

En varios lugares de esta *Homilía* Orígenes se expresa haciendo uso de su visión platónica de la realidad y considera que la salida de Egipto se puede interpretar espiritualmente en dos sentidos: "o bien dejando la vida pagana para llegar al conocimiento de la Ley divina o bien cuando el alma deja su morada del cuerpo" (*Hom. Núm. 27, 2*). Por esto dirá que así como la salida física de Egipto tuvo etapas o moradas, referidas por los Libros sagrados, de igual manera habrá etapas después del Juicio, en el mundo venidero, el mundo escatológico y eterno:

De las estancias que ocuparán las almas liberadas de los cuerpos, o más bien revestidas de nuevo de su cuerpo,¹³ el Señor ha proclamado en el Evangelio: *Hay muchas moradas en la casa del Padre, si no se lo habría dicho: pues voy a prepararles una morada (Jn 14, 2)*. Hay, pues, muchas estancias que conducen al Padre; por qué el alma se detiene en ellas, qué provecho, qué enseñanza o qué luz encuentra en ellas, sólo lo sabe el Padre del siglo futuro (*Is 9, 5*) que dice de sí mismo: *Yo soy la Puerta (Jn 10, 9)*. *Nadie viene al Padre sino por mí (Jn 14, 6)*. Sin duda en cada una de estas moradas Él se convertirá en puerta para cada alma: se entrará por Él, por Él se saldrá y se hallarán los pastizales (*Jn 10, 9*) y de allí pasará a otra estancia y después a otra más, hasta que se llegue al mismo Padre (*Hom. Núm. 27, 2*).

Hacemos notar ya en este texto el cristocentrismo origeniano que encontraremos repetidamente en esta *Homilía* y en toda su obra.

12. Se refiere a los gnósticos y sobre todo a los marcionitas.

13. Ver *Tratado sobre los principios* II, 11, 6: SCh 252, 1978, pp. 407-411.

III. Las etapas del itinerario espiritual del cristiano

III.I. La conversión: punto de partida

Esta es para Orígenes la primera gran etapa del itinerario espiritual del cristiano: el alma retorna a sí misma ("se conoce a sí misma"), ve su miseria y clama angustiosamente al Señor, quien compadecido le envía a su Verbo para redimirla. A esta iniciativa liberadora del Verbo corresponde la conversión del alma que se pone en camino siguiéndolo, al igual que los hebreos en Egipto que siguen la nube que simboliza al Verbo o el Espíritu Santo. En *Hom. Núm. 27*, 2 lo dirá de esta manera:

Los hijos de Israel estaban en Egipto trabajando en las obras *del rey Faraón*, víctimas de *la arcilla y el ladrillo* (*Éx 1, 14*), hasta el momento en que *gimiendo, gritaron* al Señor, y hasta el momento en que, para acoger sus quejas, Él les envió su Palabra por Moisés y los hizo salir de Egipto. También nosotros, cuando estábamos en Egipto, quiero decir en los errores de este mundo y en las tinieblas de la ignorancia, cuando trabajábamos en las obras del Diablo, en medio de las concupiscencias y de las voluptuosidades carnales, el Señor tuvo piedad de nuestra angustia y envió al Verbo, a su Hijo Único, para arrancarnos de la ignorancia y del error y conducirnos a la luz de su Ley divina.

En esta *Homilía* Orígenes no se explaya más al respecto, pero sabemos que con respecto a la conversión subyace el tema de la imagen, en el que decantan el dato bíblico de la creación del hombre a imagen de Dios y la doctrina platónica que considera la semejanza con Dios como la perfección del hombre. Este tema, que no es privativo de Orígenes, pero al que él otorgará toda su amplitud, le permitirá al maestro alejandrino fundar su teología mística sobre una determinación dogmática: al ser creado a imagen de Dios, la realidad última del hombre será la participación en la naturaleza divina, pero como también éste está comprometido con la vida sensible y sus sabidas consecuencias, la vida espiritual consistirá en reconducirlo a su verdadera naturaleza, restaurándola en él mediante el despojo de la vida carnal. Es decir, para el alma el principio de la vida espiritual

está en conocer su dignidad de imagen de Dios y comprender a la vez que el mundo real es el mundo interior.¹⁴

También aquí podemos hacer una última precisión: más exactamente, el hombre ha sido creado a imagen y semejanza del *Logos* pero, como a causa del pecado hemos perdido la semejanza, nuestro Salvador, movido por amor hacia su criatura, se hizo él mismo imagen del hombre y se le ha acercado; a partir de entonces todos los que se vuelven hacia Cristo pueden reconstruir en sí mismos su imagen.¹⁵ Esta afirmación también la hemos encontrado presente en la *Homilía* que nos ocupa, pues se nos ha dicho que si por un lado el Verbo de Dios tomó la iniciativa de acercarse al hombre, esclavo del

14. Este texto origeniano ilustra perfectamente lo dicho: “*Si no te conoces, tú, buena (o bella) entre las mujeres, sigue las huellas de tus rebaños, y apacienta tus cabritos entre las tiendas de los pastores (Cant 1, 8)*. De uno de los siete que la fama celebra entre los griegos como señeros en sabiduría, se ha transmitido, junto con otras, esta admirable sentencia: *Conócete a ti mismo*. Sin embargo, Salomón, que ya en nuestro prólogo mostramos que había precedido a todos ellos en tiempo, en sabiduría y en conocimiento de las cosas, dice lo mismo hablando al alma como a una mujer y con cierto tono amenazador: *Si no te conoces a ti misma, oh bella entre las mujeres (Cant 1, 8)*; si no reconoces que las causas de tu belleza están en el hecho de haber sido creada a imagen de Dios (ver *Gn 1, 27*), por lo cual hay en ti tanto esplendor natural; y si no sabes lo bella que eres desde el principio, por más que ahora aventajes ya a las demás mujeres y entre ellas seas la única en ser llamada bella, con todo, si no te conoces a ti misma, quién eres, pues yo no quiero que tu belleza parezca buena por comparación con las menos bellas, sino que haya en ti correspondencia contigo misma y te pongas al nivel de tu propia dignidad; si no haces todo esto, yo te ordeno que salgas y camines sobre las últimas huellas de tus rebaños y que no apacientes ya ovejas ni corderos, sino cabritos (ver *Mt 25, 33*), es decir, aquellos que por su depravación y su lascivia estarán a la izquierda del rey que preside el juicio...” (*Comentario al Cantar de los Cantares II, 1, 8*; trad. cit., p.148).

15. Un texto de Orígenes representativo de esta opinión bien puede ser este: “¿Cuál es, pues, esta imagen de Dios a cuya semejanza ha sido hecho el hombre? No puede ser sino nuestro Salvador. Él es el primogénito de toda criatura. Dice de sí mismo: *Aquel que me ve, ve al Padre (Jn 14, 9)*. En efecto, quien ve la imagen de alguien ve a aquel que la imagen representa. De ese modo, por el Verbo de Dios, que es la imagen de Dios, se ve a Dios.

[...] El hombre se ha tornado semejante al diablo por causa del pecado, y mira, en oposición a su naturaleza, la imagen del diablo. [...] Todos los que vienen a Él y se esfuerzan por participar de la imagen son, por sus progresos, renovados diariamente en el hombre interior a imagen de aquel que los ha hecho” (*Homilias sobre el Génesis I, 13: Sch 7 bis, 1976, pp. 57-65*).

Diablo y de sus obras, la conversión del hombre no es otra cosa que su respuesta a Aquel que nos amó primero (ver *Hom. Núm. 27, 2*).

III.II. El camino de purificación con sus pruebas e iluminaciones

Esta sería la segunda gran etapa del itinerario espiritual del cristiano, que Orígenes ve simbolizado por el libro del *Éxodo*. Pero de antemano conviene señalar dos distinciones importantes: la primera es que esta simbólica origeniana es diferente de la simbólica sacramental corriente en la Iglesia de su tiempo, en la que el cruce del Mar Rojo simbolizaba el ingreso al catecumenado y el cruce del Jordán el bautismo; para Orígenes el bautismo simboliza el paso del Mar Rojo y el inicio del camino espiritual. La segunda distinción es la siguiente: en el itinerario que el maestro alejandrino propone, el término del camino es el ingreso en la Tierra Prometida y no -como en otros autores espirituales anteriores a él como Filón y Clemente de Alejandría y posteriores como Gregorio de Nisa- la ascensión al Sinaí. En la mística origeniana no encontramos el tema de las tinieblas debido a que es una mística más bien de luz, una mística especulativa de la iluminación del espíritu por medio de la "gnosis", a diferencia de otros autores que más bien se inclinan por una mística experiencial de la presencia de Dios que se oculta en la tiniebla y es captada por la percepción del alma.

Con un procedimiento típicamente alejandrino, Orígenes presenta un paralelismo entre la encarnación de Cristo y la santificación de los hombres. Así como en el Antiguo Testamento hallamos la escala de Jacob que unía el cielo y la tierra y sobre la que bajaban y subían ángeles, en el Nuevo Testamento esta escalera es la misma encarnación del Verbo de Dios, por la que ya no van ni vienen criaturas angélicas, sino que quien desciende es el mismo Verbo y los que suben -por él y con su ayuda- son los hombres. Más allá de la interpretación alegórica, este paralelismo es interesante pues recalca una vez más el cristocentrismo origeniano:

Contempla en primer lugar la ordenación aritmética del misterio: si se establece el cómputo exacto, se hallarán cuarenta y dos etapas pa-

ra la salida de los hijos de Israel fuera de Egipto; por otra parte, la venida de nuestro Señor y Salvador a este mundo se hizo en cuarenta y dos generaciones. Mateo el evangelista lo declara limpiamente: *Desde Abraham a David, catorce generaciones; de David a la deportación a Babilonia, catorce generaciones; desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce generaciones* (Mt 1, 17). Estas cuarenta y dos generaciones son las etapas que Cristo recorrió para descender al Egipto de este mundo; los que de nuevo suben de Egipto recorren el mismo número de cuarenta y dos etapas. Moisés se expresó exactamente cuando dijo: *Los hijos de Israel salieron con sus fuerzas* (Núm 33, 1). ¿Cuál es su fuerza sino Cristo, que es la *Fuerza de Dios* (1 Cor 1, 24)? Quien sale, sale con Él, que descendió entre nosotros, y trata de llegar al lugar donde Él descendió; porque Cristo no descendió por necesidad, sino por benevolencia,¹⁶ a fin de cumplir las palabras: *El que descendió es el mismo que ascendió* (Ef 4, 10). Así, los hijos de Israel llegan en cuarenta y dos etapas al lugar donde comienzan a tomar posesión de su heredad. Este comienzo fue el momento cuando *Rubén, Gad y la media tribu de Manasés* recibieron la *tierra de Galaad* (Jos 17, 6). Es, pues, un hecho establecido: Cristo descendió a nosotros a través de cuarenta y dos antepasados según la carne, como por cuarenta y dos etapas; y es por el mismo número de etapas como los hijos de Israel ascienden hasta el lugar donde comienza la heredad prometida (Hom. Núm. 27, 3).

Orígenes señala la fe como el fundamento de la vida según el Espíritu y en esto se diferencia claramente de los filósofos platónicos que hacían descansar la vida espiritual en un simple ascetismo, como medio para “asemejarse a Dios”. El equivalente litúrgico de este paso es la renuncia a Satanás (o la idolatría) y la adhesión a Cristo que se inauguraba con la ceremonia del bautismo:

Si has comprendido el misterio que encierra este número de ascenso y descenso, acércate ahora y empecemos a ascender por las etapas del descenso de Cristo y tomemos por primera etapa la última de las suyas, su nacimiento del seno de la Virgen; que nuestra primera etapa, de nosotros que queremos salir de Egipto, sea aquella en la que, abando-

16. El alejandrino siempre gusta de subrayar este rasgo de la condescendencia divina (*syncatábasis*) hacia el hombre, no sólo al tomar la iniciativa de la redención, sino en otros temas como las diversas maneras mediante las cuales se da a conocer a los hombres, los alimentos espirituales, etc.

nando el culto de los ídolos y la adoración de los demonios, que no son dioses, creamos que Cristo nació de la Virgen y del Espíritu Santo, y que *el Verbo hecho carne vino a este mundo* (Jn 1, 14). Luego, tratemos de ascender uno a uno los grados de la fe y de las virtudes. Si perseveramos bastante tiempo como para llegar a la perfección, se podrá decir que hemos cubierto una etapa en cada grado de las virtudes hasta el final de nuestra educación y de nuestros progresos, hasta la obtención de la heredad prometida (*Hom. Núm. 27, 3*).

Conviene subrayar que así como ya había hablado de los dos sentidos de la salida de Egipto, aquí Orígenes nuevamente interpreta el itinerario en sentido escatológico al hablar de las etapas del más allá: "Por otra parte, cuando el alma abandona el Egipto de esta vida para alcanzar la Tierra prometida, debe seguir ciertos caminos y recorrer, como hemos dicho, ciertas moradas" (*Hom. Núm. 27, 4*). Este sentido escatológico nos remite al mundo superior, el definitivo, del que el caminar en esta tierra es como un reflejo. Por este motivo solamente allá podremos comprender la realidad de fondo del camino recorrido:

Comprende, pues, si puedes, lo que son estas peregrinaciones en las que el alma, gimiente y doliente, llora al verse peregrinar durante tanto tiempo. Pero la comprensión de estas peregrinaciones está debilitada y oscurecida en tanto que se está en ellas todavía; el alma comprenderá y verá mejor su razón cuando haya vuelto a su reposo, es decir, a su patria, el Paraíso. El profeta contemplaba esta verdad bajo una forma misteriosa, cuando decía: *Alma mía, vuelve a tu reposo, que el Señor ha sido bueno contigo* (*Sal 116 [114-115], 7*). Sin embargo, peregrina, viaja y cumple unas etapas sin duda alguna porque la economía divina ha puesto en ellas algún tipo de utilidad, como lo prueba el pasaje: *Te afligí y te alimenté en el desierto con el maná que no conocieron tus padres, a fin de saber lo que había en tu corazón* (*Deut 8, 2-3*). Tales son pues las etapas por las que se pasa de la tierra al Cielo (*Hom. Núm. 27, 4*).

a. Los tres días de marcha desde Egipto hasta el Mar Rojo

Estos tres días de marcha Orígenes los señala mediante la persecución del Faraón y de los Egipcios. ¿Quiénes son estos? Para el alejandrino, ambos son símbolos de los dominadores de este mundo y

los espíritus malignos que van errando por las regiones celestiales,¹⁷ pero no son los únicos perseguidores, pues también puede serlo todo hombre que es guiado por el Maligno.¹⁸

Al comenzar a comentar la marcha por el desierto, Orígenes constata, por lo menos, dos cosas. La primera de ellas es que la empresa es ardua y se pregunta: “¿quién osaría etapa tras etapa, descubrir los misterios, y por el estudio de sus nombres, conjeturar sus significaciones particulares? No sé si la inteligencia del orador y de los oyentes no desfallecerían ante tal densidad de misterios” (*Hom. Núm. 27, 4*), lo que muestra su ubicación frente al Libro sagrado. Efectivamente, en toda su labor exegética siempre estuvo consciente de la vastedad de sentidos de la Escritura que nadie puede agotar, a la vez que pensaba que con la ayuda de Cristo el exégeta puede descubrir algunos de ellos al progresar en el estudio y la santidad.¹⁹

La segunda constatación, que de antemano pone sobre aviso a todo aquel que recorre el itinerario espiritual, es el hecho de que los únicos que no perecieron en la marcha por el desierto fueron los que no tenían intereses particulares, sino cuyo interés era solamente el Señor:

17. En las *Homilias sobre el Éxodo* V, 5 dirá: “Los egipcios te persiguen y quieren volverte a la servidumbre, me refiero a los dominadores de este mundo y a los espíritus malvados que en otro tiempo serviste” (trad. de ÁNGEL CASTAÑO FÉLIX en *Orígenes. Homilias sobre el Éxodo*, Madrid, 1992, p. 102 [Biblioteca de Patristica, 19]).

18. En *Homilias sobre el Éxodo* VI, 2 explica:

“Los hombres que nos persiguen son caballos, y por así decir, todos los que han nacido en la carne son, en sentido figurado, caballos. Pero estos tienen sus jinetes. Hay caballos que monta el Señor y recorren toda la tierra, de los cuales se dice: *Tu caballería es mi salvación* (*Hab 3, 8*). Pero hay también caballos que tienen como jinetes al diablo y sus ángeles. Judas era un caballo, pero mientras tuvo como jinete al Señor (ver *Mt 10, 1*), perteneció a la caballería de la salvación. Enviado con los otros apóstoles, procuró a los enfermos la salvación, a los débiles la salud; pero cuando se sometió al diablo -*después del bocado entró en el Satanás* (*Jn 13, 27*)- Satanás se convirtió en su jinete y conducido por sus riendas comenzó a cabalgar contra nuestro Señor y Salvador.

“Así, todos los que persiguen a los santos son caballos que relinchan, pero tienen jinetes que los conducen, los ángeles malos, y por eso son feroces. Si alguna vez ves que un perseguidor tuyo es demasiado cruel, sabe que es espoleado por su jinete, el demonio, y por eso es cruel, por eso es feroz” (trad. cit., pp. 107-108).

19. Muestras de su profundo respeto frente al texto sagrado son, por ejemplo, estas expresiones:

¿Cómo explicar la guerra de los Amalecitas, las diferentes tentaciones, cómo hablar de aquellos cuyos miembros *cayeron en el desierto* (1 Cor 10, 5), el hecho de que no fueron los hijos de Israel, sino los hijos de los hijos de Israel los que pudieron llegar a la Tierra Santa, el hecho de que todo el antiguo pueblo, el que había vivido y habitado con los Egipcios cayó y el hecho de que sólo alcanzó el Reino el nuevo pueblo que ignoraba a los Egipcios, excepto los sacerdotes y los Levitas? En efecto, si alguien pudo tener un puesto entre los sacerdotes y los Levitas, si no tuvo ningún interés sobre la tierra a no ser sólo el Señor, no *cayó en el desierto* sino que *alcanzó* la Tierra Prometida. Si tú no quieres *caer en el desierto* sino alcanzar la Tierra Prometida a tus padres, no tengas intereses en la tierra, no tengas nada en común con la tierra. Que tu interés sea sólo el Señor, porque así no caerás nunca (*Hom. Núm. 27, 4*).

Dejando en claro que el ascenso del cristiano tiene como guía no a Moisés -tampoco él sabía adónde iba-, sino al mismo Cristo, Hijo de Dios y al Espíritu Santo, a esta altura de la *Homilía* Orígenes hace nuevamente una doble presentación escatológica del itinerario, al recordar en *Hom. Núm. 27, 4* que: “de Egipto a la Tierra Prometida se hace una subida por la que, como dije, aprendemos de forma simbólica el ascenso del alma hacia el Cielo y el misterio de la resurrección de los muertos”, mientras que en *Hom. Núm. 27, 5* escribirá:

Es así como se hará el ascenso del alma bienaventurada, cuando hayan sido tragados todos los Egipcios, los Amalecitas, y todos sus asaltantes; al ir atravesando una tras otra esas *numerosas moradas* que están *en la casa del Padre*, el alma será cada vez más iluminada. A medida que pase de una a otra, buscará serlo siempre más, hasta que

“A medida que avanzamos en nuestra lectura, los misterios se acumulan ante nosotros [...] que escasos de méritos y débiles de espíritu, osamos afrontar tan vasto océano de misterios” (*Homilias sobre el Génesis IX, 1: Sch 7 bis, 1976, p. 237*).

“Ya lo ven, los misterios se corresponden por todas partes. Miren qué carga de misterios nos agobian. Se presentan en tal cantidad que no podemos explicarlos” (*Homilias sobre el Génesis X, 5: Sch 7 bis, 1976, p. 273*).

“Poder explicar con pormenores la verdad de la Ley espiritual, manifestada por Jesucristo, por estar absolutamente fuera de las capacidades humanas no puede ser sino obra de los perfectos” (*Comentario sobre el Evangelio de Juan VI, 51: Sch 157, 1970, p. 167*).

se habitúe a soportar *la visión de la verdadera Luz que ilumina a todo hombre* (Jn 1, 9) y a sostener el brillo de su auténtica majestad.

Ya sabemos quiénes son para Orígenes el Faraón y los Egipcios, pero nos falta señalar el significado de la persecución con la que hostigan al pueblo en marcha: esta representa las tentaciones que asaltan al alma que ha comenzado su camino hacia la perfección espiritual, intentando desanimarla de su buen propósito y desviarla para que vuelva al mundo:

Volvamos a la segunda interpretación que hemos mencionado, y veamos en ella una doctrina de los progresos del alma en esta vida; una vez convertida, ha renunciado a vivir como pagana y sigue, no tanto a Moisés como a la Ley de Dios, no a Aarón, sino al *Gran Sacerdote Eterno* (Heb 6, 20); hasta el momento en que llega al término de la perfección permanece en el desierto para ejercitarse allí en los preceptos del Señor y para probar en tentaciones su fe. No ha vencido a una de ellas, probando así su fe, cuando cae en otra y pasa de una a otra como de etapa en etapa. No ha hecho más que triunfar en la dificultad que se había presentado y soportado fielmente la prueba, cuando vuela a la siguiente (*Hom. Núm. 27, 5*).

Solamente si el alma persevera en su empeño y vence las tentaciones sucesivas, irá ganando en virtud y los Egipcios serán tragados por el Mar Rojo y aquella podrá comenzar a cubrir etapas en la travesía del desierto:

Así, por estas tentaciones sucesivas de la vida, por estos progresos del alma, se puede decir que va cubriendo etapas y que en cada una de ellas va ganando una virtud nueva; en lo cual realiza lo que dice la Escritura: *Irán de virtud en virtud* (Sal 84 [83], 8); y por fin llegará al término o más bien al más alto grado de virtud; pasará el Río de Dios y recibirá la heredad prometida (*Hom. Núm. 27, 5*).

El texto anterior nos abre a una nueva realidad: cuando el viajero espiritual llega, venciendo las tentaciones, al más alto grado de virtud, será sometido a una última purificación... Aquí se impone aclarar que en el pensamiento origeniano, la entrada a la gloria está precedida por una purificación total en el río de fuego, de la cual el

bautismo sacramental es una sombra, no obstante su carácter de regeneración real, como se puede ver en el siguiente texto:

¿Cuándo bautiza Jesús en el Espíritu Santo y cuándo bautiza en el agua? ¿Es en el mismo momento o en momentos diferentes? Ustedes, dijo, serán bautizados en el Espíritu Santo de aquí a pocos días. Los Apóstoles fueron bautizados en el Espíritu Santo después de su ascensión al cielo; que hayan sido bautizados en el fuego la Escritura no lo refiere. Pero así como Juan invitaba al bautismo a algunos de los que llegaban al borde del Jordán y apartaba a otros, del mismo modo se comportará en el río de fuego el Señor Jesús con la espada flamígera, de tal suerte que a todo hombre que al abandonar esta vida desee entrar en el Paraíso y tenga necesidad de ser purificado, habrá de bautizarlo en ese río y conducirlo al lugar de sus deseos, mientras que a aquel que no tenga las señales del primer bautismo, no habrá de bautizarlo en el río de fuego. Es necesario, en efecto, ser antes bautizado en el agua y en el espíritu, a fin de que cuando se llegue al río de fuego se muestre que se han conservado las purificaciones del agua y del espíritu y que entonces se merece recibir el bautismo de fuego en Cristo Jesús (ORÍGENES, *Homilías sobre Lucas*, XXIV: Sch 87, 1962, pp. 325-327).

Desde la postura platónica que lo caracteriza, en *Hom. Núm. 27*, 6, Orígenes presenta nuevamente la idea de que el relato de las etapas del desierto tiene una doble significación que entraña un doble provecho: por un lado nos enseña cómo debe ser vivida la vida que, renunciando al error, sigue la Ley de Dios; y por otro nos muestra qué esperanza y qué promesas nos aguardan después de la resurrección. La doble narración bíblica de la travesía, presentes en los libros del *Éxodo* y *Números*, es un detalle que para el alejandrino avala el doble significado de los dos viajes del alma:

El que realiza durante su permanencia en la carne, cuando cultiva las virtudes siguiendo la Ley de Dios, cuando ella recorre, como hemos dicho, los grados de la escala de los progresos de virtud en virtud y que se hace de las etapas de esos mismos progresos; y el que realizará después de la resurrección para subir a los cielos, cuando, en lugar de subir de un solo golpe, sin transición, en el final supremo, atraviere muchas estancias, siendo iluminada en cada una, recibiendo un esplendor siempre nuevo e inundada en cada etapa de la luz de la Sabiduría y llegue por fin al mismo *Padre de las luces* (*Sant 1, 17*) (*Hom. Núm. 27, 6*).

Acá subyace nuevamente la idea del progreso espiritual continuo, progreso que no sólo se produce en el camino de esta vida, sino que sigue repitiéndose en la gloria, pues por más que avancemos en el conocimiento de Dios, nunca podremos aprehenderlo, razón por la que siempre estaremos creciendo en su conocimiento y posesión.

b. La marcha por el desierto

Esta marcha corresponde al abandono progresivo de la vida carnal y al despertar de la vida espiritual. Orígenes subraya en primer término que el alma sale de Egipto asistida por la fuerza de Cristo, pero progresa necesariamente por medio de la acción y de la contemplación, pues los israelitas:

Salieron *de la mano de Moisés y de Aarón* (Núm 33, 1). Para salir de Egipto, *la mano de Moisés* no basta; se necesita también *la mano de Aarón*. Moisés representa la ciencia de la Ley, Aarón el arte de hacer a Dios sacrificios e inmolaciones. Por lo tanto, nosotros tenemos necesidad, al salir de Egipto, además de la ciencia de la Ley y de la Fe, de los productos de las obras que nos hacen agradables a Dios. Porque si se habla de la mano de Moisés y de la de Aarón, es para significar las obras por la palabra mano. En efecto, si al salir de Egipto y al convertirme a Dios renuncio al orgullo, habré sacrificado un toro a Dios por las manos de Aarón. Si suprimo el ardor agresivo y el desorden, consideraré que he degollado un macho cabrío al Señor por las manos de Aarón; si he vencido la lujuria, será un buey; la necesidad, un carnero. Así pues, cuando el alma se purifica de sus vicios, es *la mano de Aarón* la que trabaja en nosotros; y la mano de Moisés está con nosotros cuando para comprender estas operaciones recibimos la fuerza de la Ley. También esta doble mano es necesaria a los que salen de Egipto para encontrar en ellos, además de la fe y la ciencia, la perfección de los actos y de las obras. Y sin embargo no son dos manos sino una sola. Es en efecto *de la mano de Moisés y de Aarón* como el Señor los sacó de Egipto y no de las manos de Moisés y de Aarón, pues única es la obra de esta doble mano y único el acabamiento de la perfección (*Hom. Núm. 27, 6*).

Cabe señalar aquí que en diversos lugares de su amplia obra, Orígenes subraya que estas dos realidades de la acción y de la contem-

plación deben darse juntas, pues ambas nos conducen a la meta de la santidad cristiana. Por esto se refiere a ellas con símbolos bíblicos, como las dos moneditas de la viuda (*Mc* 12, 42); los apóstoles de Cristo, contemplativos y ministros a la par (*Lc* 1, 2); los verbos “vengan y vean” (*Jn* 1, 39); los dos nombres del patriarca, Jacob e Israel; y el ejemplo -que se ha hecho clásico- de las dos hermanas, Marta y María (*Lc* 10, 38-42):

María es símbolo de la vida contemplativa, Marta de la vida activa... Marta parece que tiene más celo que María, pues ella corre al encuentro de Jesús, mientras que María se queda en casa. Hay personas, como el centurión, que no son capaces de recibir a Jesús; otras no son dignas, como el jefe de la sinagoga. Marta es menos perfecta porque corre hacia Jesús; María lo espera dentro de casa para acogerlo, ella puede recibir su venida (ORÍGENES, *Fragmento sobre el Evangelio de Juan* 80: GCS IV, 547).

No deja de ser interesante la exhortación a la marcha espiritual que propone el maestro alejandrino y las dos razones que aduce por un lado Moisés consignó por escrito el relato del desierto:

Para que al leerlas viéramos cuántas etapas, estancias, nos esperan en el viaje hacia el Reino, para que nos preparemos para este camino, para que a la vista del camino que debemos recorrer, no dejemos consumirse en la pereza y la inactividad la duración de nuestra vida, con el fin de no retardarnos en las vanidades de este mundo y de que nos deleitemos en todas las delectaciones de la vista o del oído, incluso hasta del tacto, del olfato y del gusto, para que los días no se esfumen así, para que el tiempo no transcurra sin que nos apresuremos a cubrir la distancia de este viaje por hacer, para que no desfallezcamos en el camino y no suframos la suerte de los que no pudieron llegar hasta el final y cuyos miembros cayeron en el desierto (*Heb* 3, 17) (*Hom. Núm.* 27, 7).

Pero, además –y esta es la segunda razón– fuimos creados para este éxodo de la tierra al cielo, y por ello:

[...]estamos de viaje, vinimos a este mundo sólo para pasar *de virtudes en virtudes* (*Sal* 84 [83], 8) y no para quedarnos en tierra por amor a los objetos terrenos, como aquel que decía: *Destruiré mis graneros y construiré otros más grandes, [...] y diré a mi alma: al-*

ma mía, tienes muchos bienes almacenados para muchos años; [...] come, bebe, regocíjate (Lc 12, 18-20). ¡Ah! Que el Señor no nos diga como a él: Insensato, esta noche te arrebatarán el alma. No dijo: este día, sino esta noche; ese hombre es golpeado de noche, como lo fueron los primogénitos de los egipcios (Éx 12, 29), porque amó el mundo y compartió la vida de los príncipes de este mundo de tinieblas (Ef 6, 14). Ahora bien, a este mundo se le llama tinieblas y noche a causa de los que viven en la ignorancia y no reciben la luz de la Verdad. Esos no parten de Ramsés y no van a Sucot (Hom. Núm. 27, 7).

Con esta segunda razón Orígenes muestra claramente la tensión simbólica que anima su concepción del mundo, pues aunque vivimos en este, estamos en viaje hacia el mundo que permanece para siempre, el de las realidades espirituales, que son las más verdaderas. Un signo distintivo del cristiano que avanza en el camino espiritual es que no se detiene en las cosas de esta tierra, sino que siempre peregrina hacia su verdadera patria.²⁰

20. En esta misma línea al alejandrino le gusta subrayar el detalle elocuente que en el desierto las tiendas son siempre moradas provisionales, lo que es signo de que la vida espiritual es un progreso perpetuo. Un texto claro al respecto puede ser el siguiente:

“Si buscas la diferencia que corre entre casas y tiendas (*tabernacula*), he aquí la distinción que puede hacerse: la casa es cosa estable y encerrada dentro de límites determinados; las tiendas son las moradas de quienes están siempre en camino y no han alcanzado el término de su viaje... Pues bien, los que se entregan a la ciencia y a la sabiduría, que no tienen término (¿cuál sería, en efecto, el término de la sabiduría de Dios? Cuanto más uno se acerca, más profundidades halla y cuanto más escruta esas profundidades, tanto más inefables e incomprensibles las encuentra), los que avanzan, pues, por las vías de la sabiduría de Dios no tienen casa -pues no han llegado al término-, sino tabernáculos, en los cuales marchan y progresan siempre y cuanto más progresan, tanto más aumenta y se extiende al infinito el camino que se abre ante su marcha. Y téngase por muy cierto que si alguien ha hecho progresos en la ciencia y de eso tiene alguna experiencia, sabe que, cuando ha llegado a cierta contemplación (*theoria*) y conocimiento de los misterios espirituales, el alma se queda allí como en una tienda. Pero cuando, de las cosas que ha encontrado surge otra nueva y el alma avanza hacia otros progresos, entonces, levanta su tienda y se dirige hacia lo que se encuentra más elevado y allí establece la sede de su espíritu, afirmada en la paz de los sentidos; luego nuevamente extrae de allí otras experiencias espirituales que la serie de las precedentes ha hecho posibles; y así, tendiendo siempre hacia lo que está delante, parece marchar bajo la tienda” (ORÍGENES, *Homilías sobre Nehemías XVII*, 5; citado por J. DANIELOU en *Orígenes*, Buenos Aires, 1958, pp. 371-372).

Orígenes se detiene en el dato que ofrece el relato bíblico sobre la fiesta que el pueblo celebró el día de la salida de Egipto. Los israelitas la celebraron incluso antes de haber dejado el país de esclavitud, pues degollaron el cordero pascual la víspera de la partida. Este detalle, que a primera vista puede parecer nimio, le ofrece al alejandrino la oportunidad de establecer una distinción, pues “toda fiesta celebrada en la tierra por los hombres, lo es en parte, no en totalidad, y no lleva la perfección del título de fiesta” (*Hom. Núm. 27, 8*), mientras que la verdadera fiesta será la celebrada cuando abandonemos el Egipto donde somos esclavos, lo que equivale a decir que solamente quien se pone en camino -con todo lo que ello significa- puede celebrar verdaderamente la Pascua:

[...]pero cuando hayas salido de este Egipto de aquí, entonces esa será para ti la fiesta perfecta, entonces podrás festejar perfectamente *los ácidos de la sinceridad y de la verdad* (1 Cor 5, 8), entonces celebrarás en el desierto el día de Pentecostés, entonces empezará a recibir el alimento celestial del maná y a celebrar todas las fiestas de las que ya hemos hablado como hemos podido. Sabe, sin embargo, que después de esta Pascua celebrada en Egipto, hallamos otra vez festejada la Pascua en el desierto, cuando fue dada la Ley (ver *Éx 13, 3*), y todavía otra vez, como ya observamos, en los *Números* (ver 9, 2 ss.), y después ya no se celebrará ninguna otra, más que en la Tierra Prometida (*Hom. Núm. 27, 8*).

Otro detalle que llama la atención del autor es el hecho de que los hijos de Israel *partieron de Ramsés con mano alzada, a la vista de todos los Egipcios* (Núm 33, 3)... Ante la pregunta sobre qué puede significar esta “mano alzada”, Orígenes responde que la salida de los israelitas de Egipto no fue obra humana ni terrena, sino obra del mismo Dios.

El despojo del alma al salir de Egipto consiste, para Orígenes, en renunciar en primer lugar al pecado. Este despojo-renuncia está figurada por la venganza de Dios en los dioses de los Egipcios.²¹ Al refe-

21. Este tema Orígenes también lo desarrolla en *Homilías sobre los Números* XXIII, 4.

rirse a esta venganza divina es importante la siguiente distinción: "No son pues los ídolos, sino los demonios que permanecen en los ídolos los que son llamados *dioses*²² y en los cuales *el Señor ejerció su venganza*" (*Hom. Núm. 27, 8*).

Aquí brota espontáneamente la pregunta: ¿cómo Dios ejerce su venganza sobre los demonios?, a la que Orígenes contesta diciendo que Dios se venga de ellos cuando un hombre se convierte por inspiración de su gracia:

Pero yo quisiera indagar cómo Dios ejerce su venganza en los demonios, en tanto que el día de la venganza y del Juicio todavía no ha llegado. Me parece que la venganza se ejerce contra los demonios cuando un hombre, atraído por sus seducciones al culto de los ídolos, pero convertido por la Palabra del Señor, le rinde el culto que le es debido; por el hecho mismo de esta conversión, se ejerce una venganza contra el seductor. Igualmente, si un hombre arrastrado por los demonios a la fornicación se convierte a las buenas costumbres, ama la castidad y llora sus errores, las mismas lágrimas de la penitencia son para el demonio una quemadura viva y así se hace venganza del autor de la seducción. Igualmente además, si alguien cambia del orgullo a la humildad, del lujo a la sobriedad, en todas estas ocasiones flagela y atormenta a los demonios que le habían inducido a esos errores. ¿Cuántos tormentos creen que no sufrirán de ver a alguien que siguiendo la palabra del Señor *vende todos sus bienes y los da a*

22. Esta creencia estaba muy extendida en toda la antigüedad cristiana. Por ejemplo, MINUCIO FÉLIX en *El Octavio 27, 2* escribe:

"Estos espíritus impuros, que son los demonios, como lo han demostrado los magos y los filósofos, se ocultan en las estatuas y en las imágenes consagradas y, por su influencia, adquieren la autoridad de un dios que se cree presente, inspirando a veces a los divinos, habitando en los templos, haciendo palpitar en algunas ocasiones las entrañas de las víctimas, dirigiendo el vuelo de las aves, presidiendo las suertes, prorrumpiendo en oráculos entretreídos con muchas mentiras. En efecto, se engañan y engañan, como quienes no saben la verdad con exactitud y la que conocen no la publican porque resultaría su perdición. Así nos precipitan del cielo a la tierra y nos apartan del Dios verdadero hacia los objetos materiales, perturban la vida, inquietan los sueños. Penetrando también en los cuerpos, como espíritus sutiles que son, ocasionan enfermedades, aterrorizan las almas, contorsionan los miembros, para obligar a los hombres a que los adoren, de manera que los sacien con el vapor y el humo de los altares o con las ofrendas de los animales y deshaciendo sus propios maleficios, aparenten haber hecho curaciones" (trad. de SANTOS DE DOMINGO, en *Minucio Félix. El Octavio*, Madrid, 1944, pp. 112-113 [Colección Excelsa, 11]).

los pobres (Mt 19, 21), toma su cruz y sigue a Cristo (Mt 16, 24)? (Hom. Núm. 27, 8).

Ahora bien, no sólo las virtudes del hombre significan una herida para el demonio, sino que existe para él un castigo todavía mayor que es la aplicación del convertido a la *lectio divina*:

Pero lo que supone para ellos todos los tormentos y todos los castigos, es ver que alguien se aplica a la palabra de Dios y profundiza mediante un estudio ardiente la ciencia de la Ley divina y los misterios de las Escrituras.²³ En eso consiste entonces su llama; arden en plena hoguera (*Hom. Núm. 27, 8*).

Con sano realismo y experiencia espiritual Orígenes plantea aquí otra distinción fundamental: es cierto que los demonios persiguen al cristiano para que permanezca esclavo en el Egipto de sus pecados, pero a la vez hay que reconocer que el hombre, haciendo uso de su libre albedrío, elige colaborar o no con las insinuaciones del espíritu del mal:

Porque ellos dominan a todos los que están aún en la ignorancia, pero se presentan incluso a menudo a los que han conocido a Dios y tratan de hacerles volver a las obras de la ignorancia. Ningún pecado se consume sin su colaboración. Cuando alguien comete adulterio, no está sin relación con un demonio; lo mismo cuando uno se deja dominar por una cólera excesiva o cuando roba los bienes de otro. Y el que, *difama a su prójimo en secreto (Sal 101 [100], 5)* y *el que pone escándalo al hijo de su madre (Rom 14, 13)*, no está sin relación con un demonio. También nosotros hemos de poner todo nuestro esfuerzo en no resucitar en nosotros a los primogénitos de los Egipcios y sus dioses, que el Señor golpeó y destruyó, dándoles la ocasión de obrar en nosotros obras de abominación ante Dios. Si nos mantenemos aleja-

23. Es decir, pasa de las obras al conocimiento (*gnosis*). Este texto ejemplifica bien la centralidad de la Escritura en el pensamiento de Orígenes y en la vida del cristiano. No en balde se atrevió a escribir: "[...] ¿de qué me sirve que Cristo tenga sujeto al mundo entero, posea las ciudades enemigas, si no vence también en mí a sus enemigos, si no destruye la ley que se encuentra en mis miembros, la cual lucha contra la ley de mi alma y me conduce en esclavitud, bajo la ley del pecado?" (ORÍGENES, *Homilías sobre el Génesis* IX, 3: SCh 7 bis, 1976, pp. 251-253).

dos, Dios, como ya hemos dicho, *ha ejercido su venganza sobre todos los dioses de los Egipcios* y por nuestra reforma y nuestra conversión los demonios son castigados (*Hom. Núm. 27, 8*).

A partir de este momento, comienza en la *Homilía* el comentario pormenorizado de las distintas estaciones del recorrido del desierto y su significación espiritual. Después de la lucha con el pecado, Orígenes introduce la lucha con las pasiones y la conquista de la *apatheia* o libertad espiritual, la cual se logra mediante el desapego que permite el recogimiento. Conviene hacer notar que al referirse a este tema el alejandrino hace uso del vocabulario helenístico, pero transpuesto en una concepción cristiana.

La partida de Ramsés, cuyo significado es agitación turbulenta o agitación de la polilla,²⁴ trae a colación una nueva presentación escatológica, al mencionar la doble concepción del éxodo: "ya sea que el alma al dejar este mundo se dirija hacia el siglo futuro, o sea que renuncie a los errores de la vida y se convierta al camino de la virtud y al conocimiento de Dios, parte de Ramsés" (*Hom. Núm. 27, 9*). Es decir, que tanto en un caso como en el otro, está de por medio el desapego a la agitación-turbación, pues: "todo lo que está en el mundo es víctima de la agitación, de la turbulencia y de la corrupción simbolizada por la polilla. El alma no debe permanecer allí, sino partir y venir a Sucot" (*Hom. Núm. 27, 9*).

Una buena y nueva muestra del realismo origeniano es el comentario que hace a las dos paradas siguientes. El desapego implica ne-

24. En *Homilías sobre el Éxodo* V, 2 leemos: "Si hay alguno que se prepara para marcharse de Egipto, si hay alguno que desea abandonar las obras oscuras de este mundo y las tinieblas de los errores, debe salir ante todo de Ramsés. Ramsés significa "erosión de la polilla". Si, pues, quieres llegar a que el Señor sea tu guía y te preceda en la columna de nube (ver *Éx* 13, 21) y te siga la piedra que te ofrece un alimento espiritual y una bebida espiritual (ver *1 Cor* 10, 3-4), debes escaparte y salir de Ramsés y no guardar tesoros allí donde la polilla roe y los ladrones socavan y roban (ver *Mt* 6, 20). Esto es lo que dice claramente el Señor en los Evangelios: *Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; después ven y sígueme* (*Mt* 19, 21). Esto es partir de Ramsés y seguir a Cristo" (trad. cit., pp. 95-96).

cesariamente por un lado hacerse peregrino y vigilar, lo que deduce del significado de Sucot: las tiendas.²⁵ Por esto afirma que “el primer progreso del alma es separarse de la agitación terrena y saber que le es preciso habitar en tiendas como un nómada y un viajero, a fin de estar, como un soldado bajo las armas, lista para apostarse al encuentro de los asaltantes, alerta y libre” (*Hom. Núm. 27, 9*). Ahora bien, esta peregrinación también implica por su parte trabajos y pruebas (se refiere al significado de Etam: desfiladeros), luchar nada menos que con el Diablo:

Dijimos que se trata aquí del progreso de las virtudes. Ahora bien, la virtud se adquiere sólo mediante los ejercicios y el trabajo, realiza sus pruebas menos en el éxito que en las dificultades. Se llega, pues, a un desfiladero. Ahora bien, es en los desfiladeros y en los lugares bajos donde se libra la batalla contra el Diablo y las potestades adversas. En un desfiladero, pues, hay que sostener una lucha atlética y librar batalla. Así, Abraham combatió en *el valle de las Salinas* (*Gn 14, 8*) contra los reyes bárbaros y obtuvo la victoria. Nuestro viajero, por lo tanto, ha descendido hacia los habitantes de las profundidades y de los lugares bajos, no para retrasarse en ellos, sino para obtener la victoria (*Hom. Núm. 27, 9*).

c. Práctica de una penitencia moderada

Al comentar la acampada del pueblo de Israel en Pi Hajiro -nombre que significa aldeas-, Orígenes abre una nueva etapa para el alma que peregrina y lucha, caracterizada fundamentalmente por la discreción en la abstinencia. Nuevamente como sabio hombre de espíritu, el maestro alejandrino señala que en los comienzos de la vida espiritual todo exceso es malo y que el progreso espiritual, siendo por un lado continuo, a la vez no quema etapas:

25. “Veamos pues cuál es el lugar del campamento, al que se llega desde Ramsés. Llegaron -dice- a Sucot (*Éx 12, 37*). Los intérpretes de los nombres afirman que entre los hebreos Sucot significa “tiendas”. Por tanto, cuando abandonando Egipto, apartes de ti las polillas de toda corrupción y rechaces las excitaciones de los vicios, vivirás en tiendas. En efecto, habitamos en tiendas, de las que *no queremos ser despojados sino revestidos* (ver *2 Cor 5, 4*). El que vive en tiendas, disponible y sin equipajes, es el que corre hacia Dios” (ORÍGENES, *Homilías sobre el Éxodo V, 2*; trad. cit., p. 96).

Todavía no hemos llegado a la Ciudad, aún no se ha alcanzado la perfección; pero en la espera nos apoderamos de las pequeñas localidades. El progreso consiste, en efecto, en pasar de las cosas pequeñas a las grandes. Llegamos pues al paso, es decir, a la entrada de una aldea, que representa la vida de abstinencia moderada. Es peligroso en efecto, en los comienzos, el exceso de abstinencia (*Hom. Núm. 27, 9*).

d. Se comienza a entrever los bienes futuros y a comprobar los progresos

Las dos narraciones bíblicas de la travesía por el desierto acercan el dato de que Pi Hajirost estaba situado frente a Baal Sefón y Migdol (ver *Núm 33, 7; Éx 4, 2*). El significado de ambos nombres da paso a una nueva etapa, en la que es capital un nuevo elemento: el tema de la “atalaya”.²⁶ Al ir subiendo de lo pequeño a lo grande (Baal Sefón se traduce por subida al observatorio o a la torre), la esperanza comienza a contrarrestar los esfuerzos del camino, pues “se comienza, en efecto, a observar, a percibir la esperanza venidera y a medir la altura de los progresos; y se hace uno poco a poco más grande, siendo más alimentado por la esperanza que fatigado por los esfuerzos” (*Hom. Núm. 27, 9*). Esta esperanza se alimenta de la magnificencia (que es el significado de Migdol) de las cosas futuras que el alma comienza a entrever, sin por ello olvidar que todavía está en camino y aún no ha llegado a la perfección (*Hom. Núm. 27, 9*).

e. Las pruebas espirituales del alma

En esta nueva etapa se dan cita dos realidades aparentemente contradictorias: el saborear el gusto “amargo” de la vida espiritual por un lado, y el comienzo de las consolaciones espirituales por otro.

Orígenes parte de una constatación: la vida espiritual le resulta amarga al hombre carnal, que todavía añora los alimentos de Egipto.

26. Este tema de la *specula* o *ascensio speculae* que aquí trata Orígenes, también está presente en Plotino y tendrá su importancia en la obra de Gregorio de Nisa, para quien las cosas terrestres retroceden paulatinamente, en la medida en que los bienes divinos se toman más cercanos.

El comentar el paso por medio del Mar Rojo y el campamento en las Aguas Amargas, le da ocasión para la afirmación de que el tiempo del progreso es simultáneamente el tiempo de los peligros, pero si seguimos al Señor será factible pasar adelante con pie enjuto:

¡Qué prueba tan dura la de pasar a través del mar, la de ver amontonarse las olas, la de oír la voz ingente de las olas en furia! Pues si sigues a Moisés, es decir, la Ley de Dios, *las aguas* formarán para ti *un muro a derecha y a izquierda* y hallarás un camino *seco en medio del mar* (Éx 14, 22) (Hom. Núm. 27, 10).

Después de hacer una nueva presentación escatológica, al decir que “en el viaje celestial del alma del que ya hemos hablado, puede ocurrir que también haya aguas, puede ocurrir que se encuentren olas; pues una parte de las aguas *está encima del cielo* (Gn 1, 7), y la otra *está bajo el cielo*” (Hom. Núm. 27, 10), Orígenes recuerda que en nuestro caso, que por ahora sólo tenemos que soportar las olas que *están bajo el cielo*, la perseverancia en la fe en Jesucristo, que da plenitud a la Ley y a los Profetas, es lo que nos puede salvar de morir ahogados, como les sucedió a los egipcios:

En cuanto a nosotros, en el momento de pasar el mar, incluso si nos vemos perseguidos por el Faraón y los Egipcios (ver Éx 14, 23), no temblamos, no tengamos temor ni espanto. Creamos solamente en *un solo y verdadero Dios y en su enviado Jesucristo* (Jn 17, 3). Si el pueblo, tal como se dice, creyó en Dios y en su servidor Moisés, nosotros creemos también de la misma manera en Moisés, es decir, en la Ley de Dios y en los Profetas. Sé firme y pronto verás *a los Egipcios yaciendo en la orilla del mar* (Éx 14, 30). Y cuando los veas *yaciendo, canta cantares al Señor*, alaba al que *ha arrojado en el mar caballo y carro* (Éx 15, 1) (Hom. Núm. 27, 10).

No deja de ser sugestiva la idea contenida en la última afirmación: solamente el que creyendo triunfa en la prueba puede entonar cánticos al Señor.²⁷

27. En *Homilias sobre el Éxodo VI*, 1 encontramos un nuevo significado al hecho de acompañar los cánticos con panderos en las manos:

No obstante el gusto amargo que el hombre carnal le encuentra a la vida espiritual, esta amargura también tiene otra acepción, digamos positiva. Orígenes recuerda que no es posible llegar a la Tierra Prometida sin pasar por la amargura, es decir, tenemos necesidad de la amargura de la prueba, no sólo porque aquella es propedéutica, sino porque a la vez permite la actuación en nuestras vidas de Cristo, Médico sabio de nuestras almas:

Del mismo modo que los médicos introducen en los remedios drogas amargas en previsión de la cura y salvación de los enfermos, así también el Médico de nuestras almas, en previsión de nuestra salvación, quiso que soportemos las amarguras de esta vida a través de pruebas varias, pues sabía que esta amargura terminaría procurando a nuestra alma la dulzura de la salvación. Contrariamente, los dulzores que halagan el cuerpo, como lo enseña el ejemplo del rico malo (*Lc 16, 19 ss.*), terminan amargamente en el infierno de los castigos. Tú sigues el camino de la virtud: no rehúses acampar en las Aguas Amargas. Saldrás de ellas como *los hijos de Israel (Hom. Núm. 27, 10)*.²⁸

“Leemos en las divinas Escrituras que se compusieron muchos cánticos. El primero de ellos es el que cantó el pueblo de Dios después de la victoria, una vez sumergidos los Egipcios y el Faraón. Ciertamente es costumbre de los santos, cuando el adversario es derrotado, ofrecer a Dios un himno de acción de gracias, como hombres que saben que la victoria obtenida no se debe a la virtud, sino a la gracia de Dios. Entonces, mientras cantan el himno, toman panderos en sus manos, como se nos dice de María, hermana de Moisés y de Aarón (ver *Éx 15, 20*).

“También tú, si has cruzado el mar Rojo, si ves que los Egipcios son sumergidos y anegados y que el Faraón es precipitado en el abismo, puedes cantar un himno a Dios, puedes lanzar tu grito de acción de gracias y decir: *Cantemos al Señor, pues se ha cubierto gloriosamente de gloria; caballo y jinete ha arrojado en el mar (Éx 15, 1)*. Dirás estas palabras mejor y más dignamente si tienes un pandero en tu mano, esto es, *si crucificas tu carne con sus vicios y concupiscencias (Gál 5, 24) y si mortificas tus miembros terrenos (Col 3, 5)*” (trad. cit., p. 105).

28. En *Homilias sobre el Éxodo VII, 1*, Orígenes hace otra interpretación espiritual de la amargura, refiriéndola no ya a la prueba sino a la interpretación literal de la Escritura. Estas aguas amargas son curadas gracias a la Sabiduría de Cristo que las dulcifica:

“Allí, en el lugar de la amargura, en el lugar de la sed y, lo que es más grave aún, de la sed en medio de abundantes aguas, allí Dios estableció para ellos preceptos y juicios (ver *Éx 15, 25*). ¿No había un lugar más digno, más apto, más fértil que este lugar de amargura? Además se añade: *le mostró el Señor una vara, la introdujo en el agua y el agua se volvió dulce (Éx 15, 25)*; es ciertamente admirable que Dios mostrase una vara a Moisés, que Moisés la introdujese en el agua y que el agua se volviese dulce. Como si Dios no pudiese volver dulce el agua sin ayuda de la vara. ¿O no conocía Moisés la vara, para que se la mostrase Dios?

El alma que no sucumbió en la tentación de las “aguas amargas”, comienza ahora a ser consolada por medio de las primeras consolaciones espirituales, que Orígenes ve representadas por las fuentes y las palmeras de Elim. Lo central aquí es lo que se afirma respecto al obrar de Dios en la “economía” de las almas: para llevarlas adelante en el camino espiritual utiliza la alternancia de trabajos y descansos. Dicho en palabras del alejandrino:

Ve qué lugares tan deliciosos te acogen, después de las amarguras y de las dificultades de las tentaciones. No habrías llegado a las palmeras si no hubieras soportado las pruebas amargas, no habrías llegado a la dulzura de las fuentes si no hubieras superado las tristezas y las dificultades. No es que éste sea el final del viaje y el acabamiento de todo, sino que Dios, que regula la economía de las almas, coloca en el curso mismo del viaje, en los intervalos de los trabajos, descansos, gracias a los cuales, reanimada y refrescada, el alma vuelve dispuesta a afrontar el resto de los trabajos (*Hom. Núm. 27, 11*).

La idea anterior descansa en uno de los significados de Elim, el descanso refrescante que simbolizan las fuentes y las palmeras en el desierto, pero Orígenes también consigna un segundo significado,

“Debemos ver en estas cosas la belleza del sentido interior. Yo creo que la Ley, si es interpretada literalmente, es muy amarga y es lo que representa Mará. ¿Qué hay, en efecto, tan amargo como que un niño tenga que recibir al octavo día la herida de la circuncisión (ver *Gn 17, 12*) y sufra ya en la tierna infancia el rigor de la espada? Bastante amarga, y muy amarga es la copa de esta Ley, tanto que el pueblo de Dios -no el que fue bautizado en Moisés, en el mar y en la nube (ver *1 Cor 10, 2*), sino el que fue bautizado en Espíritu y agua (ver *Mt 3, 11*)- no puede beber esta agua; no puede gustar de la amargura de la circuncisión, ni puede soportar la amargura de los sacrificios y la observancia del sábado. Pero si Dios muestra la vara que ha introducido en esta amargura para que se vuelva dulce el agua de la Ley, entonces puede beber de ella.

“¿Cuál es la vara que Dios muestra? Nos lo enseña Salomón cuando dice de la Sabiduría: *Ella es un árbol de vida para todos los que la abrazan (Prov 3, 18)*. Si, pues, la vara de la Sabiduría de Cristo fuese introducida en la Ley y nos mostrasen cómo deben ser entendidos la circuncisión y el sábado, cómo se ha de observar la Ley de la lepra, cómo hacer el discernimiento entre lo puro y lo impuro, entonces se volvería dulce el agua de Mará, la amargura de la letra de la Ley sería convertida en la dulzura de la inteligencia espiritual y entonces podría beber el pueblo de Dios [...]” (trad. cit., pp. 123-124).

que es “careros”, lo que le permite hablar de los apóstoles. Estos últimos son como careros, pues son los conductores del rebaño de Cristo (se refiere específicamente a los Doce), pero también son a la vez como fuentes y palmeras, pues el Señor también eligió a otros setenta y dos discípulos. ¿A qué quiere llegar Orígenes con esto? Simplemente a afirmar que hubo otros apóstoles además de los Doce (*Hom. Núm. 27, 11*).²⁹ Más adelante tendremos ocasión de constatar que el alma que adelanta en el itinerario espiritual también es, en cierta medida, constituida apóstol, pues recibe el encargo de anunciar a los demás el obrar de Dios en la vida de los hombres (ver *Hom. Núm. 27, 12*).

En medio de estas primeras consolaciones espirituales que el alma comienza a recibir, es interesante la próxima acampada a orillas del mar demoníaco, es decir, el Mar Rojo o Mar de Cañas. Orígenes subraya el detalle de que a dicho mar se lo atraviesa una sola vez, por lo que en esta oportunidad sólo se lo contempla sin temer sus peligros, o sea, sus movimientos y sus tempestades (*Hom. Núm. 27, 11*). Si tenemos en cuenta que, a diferencia de la tradición cristiana de su tiempo, para Orígenes el cruce del Mar Rojo simboliza el bautismo y el inicio del itinerario espiritual, en esta ocasión podemos pensar que se está refiriendo a la irrepitibilidad del sacramento, pues ya el pueblo no se sumerge en las aguas turbulentas que una vez atravesó. Por otro lado también podemos detectar aquí la presencia de un moderado estoicismo o epicureísmo, cuya finalidad era alcanzar la *apatheia* completa... A esta se llegaba tras la lucha con el pecado y las pasiones; esta es la libertad espiritual alcanzada por medio del desapego fruto del recogimiento, como lo plantea Orígenes.

29. Dejamos de lado aquí, en razón de la brevedad, la cuestión de si en el desierto había setenta o setenta y dos palmeras. En esta *Homilía* el alejandrino escribe setenta y dos, pero en *Homilias sobre el Éxodo* VII, 3 se inclina por setenta solamente. Con respecto al número de discípulos, solamente aclaramos que en el texto de *Lucas* 10, 1.17 algunos manuscritos bíblicos en vez de setenta y dos discípulos dicen setenta. Este número es una posible alusión simbólica a la evangelización del mundo pagano, ya que tradicionalmente se hablaba de 72 (o 70) naciones en el mundo (las naciones enumeradas en *Gn* 10 son 70 según el texto hebreo, mientras que en la versión griega de los LXX se habla de 72).

f. El momento de las ilusiones espirituales

La llegada del alma al desierto de Sin, que significa a la vez “visión” y “tentación”, marca el inicio de esta etapa importante en la vida espiritual, que exige y da paso a un desarrollo particular del discernimiento de espíritus. Con gran realismo y experiencia, Orígenes subraya que hay visiones que no son más que tentaciones disfrazadas, pues el ángel del mal se transfigura en ángel de luz; de aquí la imperiosa necesidad de analizarlas con hondura.

El significado de Sin como visión hace referencia más bien a la palabra zarzal, recordando aquella zarza ardiente en la que el Señor se le apareció a Moisés en el desierto. El comentario de Orígenes al respecto es lacónico: “He aquí que ya la esperanza de los bienes verdaderos empieza a sonreírte” (*Hom. Núm. 27, 11*). Pero aunque esta fue la primera aparición del Señor a los hijos de Israel -y muy verdadera por cierto-, también existen falsas visiones, lo que deduce del otro significado de Sin como tentación, lo que abre paso necesariamente a la discreción de espíritus:

Porque en las visiones hay a menudo una tentación. A veces el ángel de iniquidad *se transfigura en ángel de luz* (2 Cor 11, 14). También hay que desconfiar y obrar con precaución, para discernir con ciencia la naturaleza de la visión, como hizo Josué, hijo de Navé, cuando tuvo una visión: sabiendo que encerraba una tentación, preguntó en seguida al ser que se le había aparecido: *¿Eres de los nuestros o de nuestros enemigos?* (Jos 5, 13).³⁰ Por lo tanto, el alma que, en su pro-

30. ORÍGENES comenta este pasaje en *Homilias sobre Josué* VI, 2. La doctrina sobre el “discernimiento de espíritus” está muy presente en la espiritualidad del alejandrino. En el *Tratado sobre los principios* III, 2, 4, donde desarrolla largamente el tema, dice: “Comprobamos que los pensamientos que proceden de nuestro corazón se originan a veces en nosotros mismos, a veces son provocados por las potencias contrarias, otras, en fin, son enviados por Dios los santos ángeles. Esto pudiera parecer una fantasía, si no estuviese establecido por el testimonio de la Escritura” (SCh 268, 1980, p. 169).

Este es uno de los aspectos de la vida espiritual que Orígenes finamente elaboró y que, como tal, pasará a los Padres del desierto. En la mística de Evagrio Póntico desempeña un papel importante y la *Vida de San Antonio*, de Atanasio de Alejandría, le concede una amplia recepción (ver caps. 21 - 44).

greso, ha llegado al punto de tener el discernimiento de las visiones, probará que es *espiritual discerniéndolo todo* (1 Cor 2, 15). Por eso, entre los dones espirituales se cita como un don del Espíritu Santo *el discernimiento de los espíritus* (1 Cor 12, 10) (Hom. Núm. 27, 11).

A partir de este texto podríamos afirmar que la presencia del don de discernimiento en un alma avala su calidad espiritual.

g. La curación del alma y su ingreso en las sendas místicas

A partir de este momento, las etapas siguientes serán intérpretes de la destrucción de la concupiscencia en el alma y su posterior ingreso en el camino místico. En adelante Orígenes dejará claramente explicitado que la sanación del alma que se dará en las próximas etapas del desierto no es un fin en sí, sino un medio que la prepare para seguir asumiendo los trabajos del camino hasta el final (recordemos su idea básica del progreso espiritual continuo).

Al comentar la parada en Dofcá, cuyo nombre significa salud, el maestro alejandrino asegura que “cuando el alma se vuelve espiritual y empieza a recibir el discernimiento de las visiones celestiales, alcanza la salud” (Hom. Núm. 27, 12), es decir, el don de discernimiento es simultáneamente signo de adelantamiento espiritual y don que cura. En el alma sanada brota naturalmente el agradecimiento, por esto según Orígenes, prorrumpe en alabanzas a Cristo Médico que cura las enfermedades del alma, entre las que enumera la avaricia, el orgullo, la cólera, el temor, la inconstancia, la pusilanimidad y todo lo que se asemeje a esto. En este lugar de la *Homilía* encontramos sorprendentemente una tierna oración del autor, que vale la pena citar:

¿Cuándo, Señor Jesús, cuidarás de mí para todas estas enfermedades?
¿Cuándo me curarás para que diga: *Bendice alma mía al Señor, que cura todas tus enfermedades* (Sal 103 [102] 1-3), y para que pueda, también yo, cubrir etapa en Dofcá, que es la salud? (Hom. Núm. 27, 12).

Si tenemos en cuenta que las *Homilías sobre los Números* fueron pronunciadas de viva voz frente al público que lo escuchaba en Ce-

sarea de Palestina (aunque la versión escrita que conocemos haya sido posteriormente revisada por el predicador), entendemos mejor el buen recurso al que echa mano Orígenes en este momento de esta *Homilía*, que ya es bastante extensa:

Sería fastidioso ir de etapa en etapa y revelar en cada una de ellas lo que sugiere el estudio de los nombres; las cubriremos sin embargo en un breve recorrido, a fin de proporcionarles, no tanto un comentario completo, cuanto unas ocasiones de penetrar su sentido (*Hom. Núm. 27, 12*).

Otro tanto podríamos imitar nosotros en este estudio que ya es extenso...

La acampada en Alús -cuyo nombre significa trabajos- le da ocasión para afirmar que los trabajos suceden a la salud, don que Dios otorga como un medio y no como un fin: el alma es sanada para que en adelante siga cargando con los trabajos que vendrán, pero -nótese bien el agregado de Orígenes- con alegría y buen humor. Es difícil no recordar aquí, aunque el texto no lo explicita, la exhortación *estén siempre alegres* de Pablo a los *Filipenses* (4, 4) que, el alejandrino conocía muy bien...

Acampar en Refidim, que se traduce por alabanza del juicio, nos recuerda que quien triunfa de la tentación adquiere un juicio que merece alabanza.³¹ Este juicio es propio del alma discreta y espiritual,

31. ORÍGENES, en *Homilías sobre el Éxodo* XI, 1, escribe:

"Tú, si siempre vigilas y siempre estás armado y si sabes que militas en los campamentos del Señor, observa aquel mandamiento: *nadie que milita al servicio de Dios se mezcle con los negocios de este mundo, para poder agradar a aquel que lo ha enrolado* (2 *Tím* 2, 4), porque, si militas de tal modo que te mantienes libre de los negocios de este mundo y haces siempre guardia en los campamentos del Señor, también se dirá de ti que por la Palabra del Señor sales *del desierto de Sin* y llegas a *Refidim* (ver *Éx* 17, 1); "Sin" significa "tentación", "Refidim" significa "salud del juicio". Quien triunfa en la tentación, quien ha sido fortalecido en la prueba gracias a la tentación, este llega a la salud del juicio; en efecto, en el día del juicio será sano, y la salud estará con aquel que en la tentación no fue herido, como está escrito en el Apocalipsis: *Al que venza, yo le daré del árbol de la vida que está en el paraíso de mi Dios* (*Apoc* 2, 7). Llega a la salud del juicio el que *prepara bien sus palabras en el juicio* (ver *Sal* 112 [111], 5)" (trad. cit., pp. 185-186).

pues “el alma se vuelve digna de alabanza cuando juzga bien, cuando discierne bien, cuando *juzga espiritualmente todo y no es juzgada por nadie* (1 Cor 2, 15)” (Hom. Núm. 27, 12).

Hemos señalado anteriormente que Orígenes no se interesa por la ascensión al Monte Sinaí, sino que más bien pasa de largo, después de una breve acampada en esta montaña que está en el desierto. Esta estación le permite recordar que Dios no da su Ley a cualquiera, pues no la podría cumplir, sino al alma que ha adquirido por la superación de las pruebas anteriores un juicio recto. Este momento de la donación de la Ley es también para el alma “el momento en que empieza a ser capaz de recibir los secretos divinos y las visiones celestiales” (Hom. Núm. 27, 12). Conviene hacer notar que estas visiones de inteligencia de las que aquí habla Orígenes son diferentes de aquellas otras que eran tentaciones, recibidas anteriormente en el desierto de Sin.

Después de la estación en el Sinaí, el pueblo acampa en los Sepulcros de la Concupiscencia. Su significado es obvio: se vence la concupiscencia, que es extinguida, pero no por propia fuerza sino gracias a la muerte de Cristo; con esto, efectivamente, la *apatheia* ha llegado a la cima:

¿Qué son los Sepulcros de la Concupiscencia? Sin duda alguna el lugar donde son sepultadas y ahogadas las concupiscencias, donde todo deseo es apagado y donde *la carne no codicia más contra el espíritu* (Gál 5, 17), *mortificada por la muerte de Cristo* (Rom 7, 4) (Hom. Núm. 27, 12).

Es propiamente a partir de este momento que el alma curada de sus concupiscencias comienza a entrar por las sendas místicas. La estación en Jaserot (atrio acabado o bienaventuranza) pone de manifiesto que la muerte de las concupiscencias de la carne y la sanación del alma da paso a la bienaventuranza. ¿Cuál?... Orígenes sentenció simplemente: “dichosa es el alma que no es oprimida por ningún vicio carnal” (Hom. Núm. 27, 12).

Llegada a este nivel del progreso espiritual no es de extrañar que el alma acampe en Ritmá o Parán, cuyos significados son visión consumada y rostro visible, respectivamente. Aquí Orígenes describe lo propio del alma que alcanzó la *apatheia* y lo hace en forma de pregunta:

¿Por qué el alma no iba a crecer hasta el punto de que, insensible a los dolores de la carne, tenga visiones consumadas, comprenda el perfecto significado de las cosas, conozca con más plenitud y profundidad las razones de la Encarnación del Verbo de Dios y las formas que reviste la economía de este misterio? (*Hom. Núm. 27, 12*).

h. Se alcanza la gnosis o conocimiento de las realidades divinas

Esta *gnosis* “consiste en el conocimiento de Dios y abarca la ciencia de las cosas divinas y humanas y sus causas” (ORÍGENES, *Comentario al Evangelio de Mateo* XII, 5; texto citado por J. DANIELOU en ob. cit., p. 369). Gracias a ella, el alma comprende lo relacionado con las criaturas espirituales y sus diversas moradas, los orígenes y los fines del destino del hombre. Lo propio de la *gnosis*, según el alejandrino, es constituir un conocimiento transformador que introduce en las realidades de las cuales es conocimiento. Queremos destacar que no deja de ser reveladora la unión entre conocimiento y vida que se da en su pensamiento.

Por medio de la *gnosis* el alma se aparta de las cosas terrenas y caducas y se introduce en el mundo inteligible. Un primer signo de que se ha llegado a ella es la facultad para distinguir entre lo que es eterno y lo que es pasajero, facultad que está simbolizada en el campamento en Rimmón Peres (corte elevado), “que es el lugar donde se hace una separación y una distinción entre las cosas nobles y celestiales y las cosas bajas y terrenas”. Orígenes aclara esto diciendo que

a medida que la inteligencia del alma va creciendo, va siendo dotada del conocimiento de las realidades de las cosas de arriba y del juicio para que sepa dividir lo eterno de lo temporal y separar lo transitorio de lo que dura para siempre (*Hom. Núm. 27, 12*).

El alma que llega a la *gnosis* es “blanqueada” o lavada en la próxima estación, Libná, nombre que se traduce por blancura. No solamente nosotros utilizamos actualmente esta expresión en sentido peyorativo para designar operaciones comerciales y de otro tipo de dudosa honestidad, sino que ya Orígenes captó que, incluso desde los textos

bíblicos, esta expresión se podría prestar a equívocos. Por eso aclaró que aquí no se trata de blanquear al alma como a los “sepulcros blanqueados” o las “paredes blanqueadas” que criticaban Jesús o los apóstoles (ver *Mt 23, 27*; *Hech 23, 3*), sino más bien que el alma es lavada como lo son los pecados por el Señor, hasta quedar blanca cual la nieve, según lo encontramos en *Isaías, Daniel* o algunos *Salmos*. Ahora bien, ¿qué es lo que blanquea o lava al alma que ha llegado a la *gnosis*? El alejandrino dirá que es el brillo de la Luz verdadera que la alumbra y que desciende de la claridad de la visiones celestiales de las que ya goza (*Hom. Núm. 27, 12*).

Al considerar que el alma llegó a la *apatheia* y a la *gnosis*, naturalmente se tiende a pensar que se terminó el camino..., pero no obstante haber alcanzado estas cimas, Orígenes subraya que el alma ni siquiera ahora escapa a las tentaciones, las cuales a partir de este momento le son dadas a modo de protección. Varias etapas designarán estas tentaciones laudables: por un lado ponen a prueba su paciencia; una vez que el alma ya está armada con tantas virtudes, se adelanta necesariamente al combate espiritual contra los principados, las dominaciones y las potestades del mundo.

El campamento en Rissá nos pone frente a lo que este nombre significa: la tentación visible o laudable. Con gran realismo y experiencia interior Orígenes asegura que, por muchos progresos que haya hecho el alma, no le son suprimidas las tentaciones, sino que por el contrario las mismas le son enviadas pedagógicamente como guarda y protección. Para disipar toda extrañeza al respecto, ilustra esta aseveración con un ejemplo gráfico común en su tiempo: la tentación es al alma como la sal a la carne, porque “en efecto, del mismo modo que la carne se echa a perder, sea cual sea su calidad, si no está bañada de sal, también el alma, si no es de alguna manera sazonada por tentaciones continuas, se disuelve en seguida y se relaja” (*Hom. Núm. 27, 12*).

En la estación en Macelat (nombre que significa principado o vara), Orígenes encuentra una idea de poder o de dominio con doble significado: el alma a esta altura del camino espiritual ha progresado tanto que domina (imagen del cetro) por un lado el cuerpo y por otro la naturaleza o el mundo entero. Este doble poder lo ilustra con

la frase paulina de *Gál 6, 14*: *El mundo está crucificado para mí y yo para el mundo* (ver *Hom. Núm. 27, 12*).

Acampar en el Monte Séfer (que significa toque de trompetas) nos recuerda que la vida espiritual, aunque se haya llegado a la *apatheia*, es a la vez dinámica, activa. Partiendo del hecho de que la trompeta es el instrumento con el que suele darse la señal para la guerra, Orígenes sostiene que “cuando el alma se siente adornada de tantas bellas virtudes, debe tomar la ofensiva en la guerra que sostiene *contra los principados y potestades y contra los príncipes de este mundo* (*Ef 6, 12*)”; pero no sólo esto, sino que también se siente obligada a cornetear (nótese el verbo) la palabra de Dios de dos maneras: mediante la trompeta de la predicación y mediante la doctrina. Este “corneteo” no responde solamente a la responsabilidad individual del alma, sino que tiene también una dimensión diríamos eclesial: “hacer que quien lo oye se prepare para la guerra” (*Hom. Núm. 27, 12*). Aquí podemos también apuntar que el progreso espiritual del cristiano no es un caminar en solitario, sino que involucra a todo el pueblo de Dios que, en el que camina, progresa o retrocede.

La próxima estación en Jaradá (cuyo significado es hecho capaz) aporta un elemento nuevo propio del pensamiento origeniano. El alma que “cornetea” la palabra de Dios es capacitada (recibe la aptitud) para el apostolado, es decir, somos hechos capaces de ser los ministros del Nuevo Testamento (*Hom. Núm. 27, 12*). Para entender la peculiaridad de Orígenes al respecto conviene tener en cuenta que, para él, lo espiritual no tiene por fin último la contemplación, sino que Dios regala al alma con sus luces y su fuerza para que, en su nombre, emprenda los grandes combates que son los del apostolado. El mismo combate contra las potestades es también una participación en la Redención, ya sea que lo realicen los mártires o lo lleven a cabo los ascetas.

“El que tiende a la contemplación contempla el principio de las cosas o más bien refiere todo *al que era en el principio* (*Jn 1, 1*) y en ningún momento se aparta de ese principio” (*Hom. Núm. 27, 12*) escribe Orígenes al comentar la parada en Maqhelot, con lo que quiere indicar que el alma contemplativa jamás se aparta de Cristo,

principio de todo, quien no sólo le concede la gracia para el camino espiritual, sino que da sentido y explicación a todas las cosas.

Una última estación en esta etapa nos vuelve a recordar la dimensión eclesial del camino espiritual, además de que es buena muestra de la propia experiencia de Orígenes. Acampar en Tájat, nombre que tiene el doble significado de la confirmación o la paciencia, nos habla del servicio a los demás que es propio de toda alma contemplativa, así como fue la nota distintiva del Señor Jesús. Ahora bien, este servicio tiene su lado “penoso”, es decir, implica por un lado sufrimiento real y, por otro, que sea asumido por medio de la virtud de la paciencia. En palabras de Orígenes:

Quien quiere ser útil a los demás debe sufrir mucho y sobrellevar todo con paciencia, como lo prueba lo que se dijo de Pablo: *Yo le mostraré todo lo que tiene que sufrir por mi nombre (Hech 9, 16) (Hom. Núm. 27, 12).*

i. Las últimas cimas de la vida contemplativa

La estación del pueblo de Israel en Táraj, nombre que significa contemplación de estupor, marca el inicio de la última etapa del largo camino purificativo que ha ido recorriendo el alma desde que salió del Egipto del pecado. Esta contemplación de estupor se refiere al “éxtasis” origeniano, que él explica diciendo que “se produce cuando el alma queda atónita en la admiración de algún objeto. Este estado, llamado contemplación de estupor, se produce, pues, cuando la inteligencia se queda estupefacta por el conocimiento de objetos grandes y admirables” (*Hom. Núm. 27, 12*). Para entender lo implicado conviene hacer notar que la experiencia del “éxtasis” que Orígenes describe aquí, hace referencia más a la admiración que surge en el alma ante un acontecimiento inesperado, que a una experiencia de carácter “extático”. Por otro lado no debemos olvidar que en el siglo III existía cierta desconfianza -debido a los excesos del montanismo- hacia las manifestaciones extáticas dudosas. Pero más decisivo es el hecho de que la mística de Orígenes está orientada primordialmente hacia la contemplación intelectual, que hacia la transforma-

ción del alma por el amor y la experiencia de la presencia de Dios, tal como más adelante la describirá Gregorio de Nisa. Al menos la descripción origeniana se detiene en el dominio de la *gnosis*.

Cuando se habla de éxtasis, generalmente se tiende a pensar en un estado cuasi etéreo, desconectado de la realidad. Las próximas estaciones del desierto que Orígenes comenta nos indican precisamente lo contrario. Es sumamente significativo que a continuación de la contemplación de estupor, la acampada en Mitcá -que quiere decir muerte nueva- nos remita al corazón del Misterio Pascual. Estamos llamados a una nueva muerte, que no es otra que morir con Cristo, ser sepultados para revivir con él (*Hom. Núm. 27, 12*). Es decir, el alma contemplativa lejos de desentenderse, sigue compartiendo y completando la pasión del Señor, por ella misma y por el bien de la Iglesia. Otros místicos posteriores subrayarán también este aspecto; por ejemplo, para Gregorio de Nisa, la mayor alegría de quien ha escalado las altas cumbres de la mística es compartir la pasión de Cristo,³² y otro tanto asegura Teresa de Ávila en sus últimas *Moradas*.³³ Pero para esto último es necesaria la virtud y la fuerza de la paciencia que sugiere llegar a Jasmoná, cuyo significado es el (o los) hueso (s) [ver *Hom. Núm. 27, 12*].

32. En la *Enseñanza sobre la vida cristiana* 96, escribe: "Y cuando el alma ha recibido la gracia del Espíritu y se ha adherido al Señor hecha un sólo espíritu con Él, cumple con facilidad las obras de la virtud, que le es ya familiar, y ni siquiera tiene que luchar contra el enemigo por encontrarse más fuerte que sus maquinaciones. Y lo que es más grande que todo esto: toma sobre sí misma los padecimientos del Salvador, y se deleita en ellos más que se deleitan los amadores de esta vida en las muestras de honor, gloria y dominio que reciben de los hombres" (trad. de LUCAS MATEO SECO en *Gregorio de Nisa. Sobre la vocación cristiana*, Madrid, 1992, pp. 123-124 [Biblioteca de Patrística, 18]).

33. En sus *Moradas* VII, 3, 4, dice: "Lo que más me espanta de todo, es que ya habéis visto los trabajos y aflicciones que han tenido por morirse, por gozar de Nuestro Señor; ahora es tan grande el deseo que tienen de servirle y que por ellas sea alabado y de aprovechar algún alma si pudiesen, que no sólo no desean morirse, mas vivir muy muchos años padeciendo grandísimos trabajos, por si pudiesen que fuese el Señor alabado por ellos... Su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar en algo al Crucificado" (SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras Completas II*, Madrid, 1954, p. 484 [BAC 120]).

Sabemos por la Escritura que el Adversario no duerme ni reposa y no solamente ataca a los principiantes, sino también a los adelantados. Con sano realismo Orígenes apunta que Moserot –el que rechaza– recuerda que aquí el alma sigue siendo asediada por el demonio y debe rechazar “las malas sugerencias que el espíritu del mal presenta a sus pensamientos” (*Hom. Núm. 27, 12*). ¿Qué hacer frente a estas malas sugerencias o, como las ha llamado la tradición monástica, *logismoi*? Orígenes, cual sabio director de espíritus, aconseja dos cosas: conservar el puesto alcanzado y rechazar al adversario, por temor a que encuentre sitio en nuestro corazón...

Nunca abandona Orígenes una nota característica de su pensamiento como es la centralidad de la palabra de Dios. Esta no solamente está presente en los inicios del itinerario espiritual, sino que también tiene su importancia capital en estas altas cimas de la vida contemplativa. Así el acampar en Bene Yaacán, que significa fuentes o filtraciones, le da la oportunidad de señalar la utilidad insoslayable que la palabra tiene para el alma que ha llegado hasta aquí: “el alma bebe en las fuentes de las palabras divinas hasta filtrarlas bebiéndolas” (*Hom. Núm. 27, 12*). Este filtrar la palabra significa no desechar ninguno de sus mandamientos, ni descuidar con la inteligencia ninguno de sus mínimos detalles.

Llama la atención en este estadio de la travesía espiritual que, incluso después de haber alcanzado el conocimiento de las realidades divinas, el alma sigue acompañada por las tentaciones. Por eso, al acampar en Galgal –que se traduce por tentación o estrechamiento–, la tentación que asedia al alma se le convierte a la vez en fuerza y en muralla, pues sazona la virtud, la embellece y la completa. Al afirmar que “en el progreso hacia la virtud, frecuentemente se cubren diversas etapas en medio de las tentaciones” (*Hom. Núm. 27, 12*), nuevamente subyace la idea del progreso espiritual continuo, donde la tentación sirve para aquilatar más aún la virtud lograda.

Quien acepta y supera el “condimento” de las tentaciones, acampa en Yotbatá, que se traduce por bienes, pues “sólo se alcanzarán los bienes después de las pruebas de las tentaciones” (*Hom. Núm. 27, 12*).

Incluso si el alma llega a recibir estos bienes, también de ellos debe desprenderse (desapegarse) y pasar a otros mayores, “hasta que

se llegue al Bien en el cual se debe permanecer siempre” (*Hom. Núm. 27, 12*). Esto significa hacer parada en Abroná, que quiere decir paso. Acá debemos notar la reaparición del tema de la búsqueda de Dios, el único Bien que es nuestra meta y nos sacia.

Necesariamente el alma que ha ido creciendo puede parar en Esyón Guéber, que se traduce por consejos de hombre. Al recorrer provechosamente el camino espiritual, el alma deja de ser niño para los pensamientos y comienza a pensar como hombre maduro, con lo que podrá en adelante dar consejos de gran valor que se asemejan al agua profunda (ver *Prov 20, 5; Hom. Núm. 27, 12*). Una vez más se pone de manifiesto la dimensión social o eclesial del crecimiento en el espíritu.

Fiel a su pensamiento sobre el progreso espiritual continuo, para Orígenes el hombre crecido que ya goza de consejos juiciosos, necesita ser nuevamente sazonado por medio de las tentaciones (representadas por la vuelta a Sin), pues “no es bueno hacer este viaje en otras condiciones” (*Hom. Núm. 27, 12*). Para ilustrar esta constante de su pensamiento acude al ejemplo del orfebre quien, para lograr una vasija útil y de bellas formas, la acerca al fuego con frecuencia, la trabaja con el martillo y la lima a menudo.

A estas tentaciones sucede una santa fertilidad, simbolizada por el campamento en Phramcadés. Lo interesante aquí es que el alma ve de dónde viene y hacia dónde va, es decir, es consciente de las alternancias del camino y, en cierto sentido, preside su propio itinerario (*Hom. Núm. 27, 12*).

Sigue a esta estación una parada en el monte Hor, que quiere decir montaños, lo que nos pone frente a otro tema importante en la mística origeniana: el tema de las subidas espirituales.³⁴ Aquí el alma

34. Conviene tener en cuenta que, para Orígenes, toda subida que relata la Escritura es un símbolo del progreso espiritual del alma (de la misma manera como toda bajada representa -espiritualmente hablando- un volver hacia atrás). Aunque en esta *Homilía* es donde el alejandrino aprovecha al máximo esta idea, será la subida de Jesús al Tabor con sus tres discípulos predilectos la que constituya el símbolo, en la luz, del más alto conocimiento de Dios en esta vida, de la contemplación. Por esto será necesario subir esta montaña para contemplar allí la divinidad de Jesús, el *Logos* de

se acerca a la montaña de Dios para habitar siempre con él y volverse "maciza", es decir, espiritual (*Hom. Núm. 27, 12*).

La próxima parada en Salmoná (sombra de la porción) introduce un elemento nuevo. Aquí el alma es protegida de todos los calores de las tentaciones -que hasta el final no dejarán de cercarla- por la cobertura de la sombra de Cristo y del Espíritu Santo (*Hom. Núm. 27, 12*). Es iluminador reparar en los dos textos bíblicos que emplea el maestro alejandrino para apoyar su pensamiento: por un lado el de *Lam 4, 20: El aliento de nuestra boca, Cristo el Señor, a quien dijimos: viviremos a su sombra entre las naciones;*³⁵ y por otro el de *Lc 1, 35* que el ángel dijo a María: *El Espíritu del Señor te cubrirá con su sombra.*³⁶

Dios, a través de su humanidad transfigurada. También esto es expresión de la omnipresente ley del progreso espiritual en el pensamiento origeniano, además de la realidad de que para él la transfiguración es como una manifestación en plenitud del misterio de la encarnación del Verbo:

"Se hizo, pues, carne y, hecho carne, puso su tienda entre nosotros (*Jn 1, 14*), y no estuvo fuera de nosotros. Sin embargo, puesta su tienda y estando entre nosotros, no conservó su primera forma; pero, levantándonos al espiritual monte elevado, nos mostró su forma gloriosa y la brillantez de sus vestiduras. Y no sólo de sí mismo, sino también de la ley espiritual, que es Moisés, aparecido glorioso junto con Jesús; y nos mostró también toda profecía, que no murió después de su encarnación, sino que fue levantada al cielo, de lo que fue símbolo Elías (ver *Mt 17, 1-3*). Ahora bien, el que esto contemplara pudo decir: *Vimos su gloria, una gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (Jn 1, 14)*" (ORÍGENES, *Contra Celso VI, 68*; trad. cit., pp. 448-449).

35. Este texto de Jeremías es particularmente apreciado por ORÍGENES. Ver, por ejemplo: *Comentario al Cantar de los Cantares III; Homilias sobre Josué VIII, 4; Tratado sobre los principios IV, 3, 13*.

36. Este tema de la "sombra" lo desarrolla ORÍGENES con más detenimiento en el *Comentario al Cantar de los Cantares III* (cuando comenta el versículo 2, 3: [...] *a su sombra deseé estar y me senté...*):

"La esposa, pues, desea sentarse a la sombra de este manzano, esto es, la Iglesia, como dijimos, bajo la protección del Hijo de Dios, o bien el alma que rehuye todas las demás doctrinas y se abraza exclusivamente al único Verbo de Dios, cuyo dulce fruto conserva en la boca, a saber, meditando sin cesar la ley de Dios y rumiándola siempre como animal puro [los judíos colocaban a los rumiantes -que para Orígenes representan al que estudia y medita continuamente la ley de Dios- entre los animales puros]. Sin embargo, por lo que se refiere a esta sombra bajo la cual la Iglesia dice que deseó sentarse, no creo fuera de lugar el citar aquí lo que hemos podido encontrar en las sagradas Escrituras, con el fin de conocer de manera más digna y más excelente qué sombra es esa del manzano. Dice Jeremías en sus *Lamentaciones: El espíritu de*

El alma que ha progresado hasta aquí, no solamente está adornada por la discreción o discernimiento de espíritus, sino que ahora recibe el don de la discreción en la revelación a otros de los misterios. Esto significa la parada en Punón, que se puede traducir por sobriedad de la boca, pues:

Quien haya podido contemplar el misterio de Cristo y del Espíritu Santo, y quien haya visto u oído *lo que no está permitido a los hombres decir* (2 Cor 12, 4), deberá tener la sobriedad de boca y saber a quién, cuándo y cómo hay que hablar de los misterios divinos (*Hom. Núm. 27, 12*).

Esta discreción en el hablar nos recuerda la distinción origeniana de los fieles en simples y perfectos: se impone la prudencia porque no todos están preparados lo que no equivale a afirmar que no estén llamados- para entender la revelación de las cosas divinas.

Ya casi al final de esta larga *Homilía*, es elocuente encontrar un gesto de humildad personal del autor y una muestra de su profundo respeto a la Sagrada Escritura en la acampada en Obot. Orígenes, al reconocer que no ha encontrado ninguna interpretación de este nombre, se cuida bien de inventarlo, pero a la vez no duda de que, como la Escritura está inspirada en toda su extensión, también en esta etapa existe continuidad de progreso espiritual (*Hom. Núm. 27, 12*).

La próxima estación en Gai, que se traduce por abismo, nos presenta un detalle bíblico un poco curioso. Según Orígenes, por medio

nuestro rostro, Cristo el Señor, fue apresado en nuestras corrupciones: a él habíamos dicho: A tu sombra viviremos entre los gentiles (Lam 4, 20). ¿Estás viendo, pues, cómo el profeta, movido por el Espíritu Santo, dice que la sombra de Cristo presta vida a los gentiles? ¿Y cómo su sombra no va a darnos vida a nosotros, cuando en la concepción de su cuerpo se dijo a María: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra (Lc 1, 35)? Por lo tanto, si en la concepción de su cuerpo actuó la sombra del Altísimo, es la razón que la sombra de Cristo dé vida a los gentiles (ver Lam 4, 20), y razón tiene su esposa, la Iglesia, para desear sentarse bajo la sombra del manzano, con la indudable finalidad de participar de la vida que hay a su sombra. En cambio, la sombra de los restantes árboles del bosque es tal que quien se sienta bajo ella parece estar sentado en región y sombra de muerte (ver Mt 4, 16)" (trad. cit., pp. 202-203).

de estos caminos que ha ido recorriendo, el alma se acerca al seno de Abraham, pues quiere reposar en él como lo hacía el pobre Lázaro (*Hom. Núm. 27, 12*). La mención del abismo está sacada del texto de *Lc 16, 26*, donde el mismo patriarca le dice al rico que *entre ustedes y nosotros se interpone un gran abismo*. Si tenemos en cuenta que el sentido de la expresión bíblica “estar en el seno de alguien” significa sentarse a su lado, podemos inferir que el maestro alejandrino está señalando aquí la cercanía del alma con Dios al atravesar, en cierto sentido, el abismo que nos separa por medio del itinerario espiritual recorrido.

Hasta este momento el alma ha sido acompañada por tentaciones de diferente tipo: deseos de volver a Egipto, visiones sospechosas, *logismoi*, etc. y con la ayuda de la fuerza de Cristo las ha ido superando e, incluso, volviéndolas a su favor. No obstante, todavía le queda por afrontar un tipo nuevo de tentaciones bastante sutiles (previstas por la Providencia divina en la “economía” de las almas), las cuales encontrará precisamente en aquello que, por otro lado, le sirve de soporte y compañía en el camino: la Sagrada Escritura. A esto se refiere la acampada en Dibón Gad, que significa colmena de tentaciones:

¡Oh habilidad maravillosa de la divina Providencia! El viajero embarcado en este viaje hacia el cielo, se aproxima a la perfección suprema y, sin embargo, lejos de faltarle ya las tentaciones, yo las encuentro de una nueva clase: la colmena de las tentaciones (*Hom. Núm. 27, 12*).

Así como los productos de la abeja -animal útil- son curativos, igualmente lo son en sentido verdadero las palabras de otras abejas, es decir, de los profetas, de los apóstoles y de los demás hagiógrafos contenidas en los Libros Sagrados; por esto el ciclo completo de las Escrituras (Antiguo y Nuevo Testamento) es llamado por Orígenes una colmena. Ahora bien, los que tienden a la perfección y se acercan a las Escrituras pueden ser asaltados por varias tentaciones, productos de una mala interpretación del texto sagrado. ¿Cuáles son estas tentaciones?

Orígenes señala dos tentaciones posibles frente al Antiguo Testamento y dos frente al Nuevo. Ante el Antiguo, una primera tentación

sería la de adoptar la interpretación literal propia de los judíos y marcionitas y en creer que el demiurgo, distinto del Dios bueno, puede condenar arbitrariamente a las naciones a caer en la idolatría (detrás de esto subyace el pensamiento origeniano de que el cristiano perfecto es el que trasciende la letra y busca el sentido espiritual de las Escrituras). La segunda sería creer que el Dios de Israel cuida a los dioses paganos. Las tentaciones que se le pueden presentar al alma al acercarse al Nuevo Testamento, el maestro alejandrino las ve también resumidas en dos: por un lado considerar a Cristo como puro hombre y, por otro, aceptar la tesis marcionita de la existencia de un Dios malévolo. Como se ve claramente, Orígenes hace referencia aquí a diversos errores exegéticos de su tiempo; pero, no obstante el peligro de tropezar con algunos escollos al frecuentar la Escritura, el autor afirma que “es preciso que todo santo venga a ella para que se sepa de este modo también a qué grado de perfección y de piedad ha llegado su noción de Dios” (*Hom. Núm. 27, 12*).

Ya hemos visto unas estaciones atrás cómo el alma debía pasar de los bienes menores, con el deseo de llegar a poseer un día el Bien por excelencia en el que permanecer para siempre. La llegada a Almón Diblatáyin, que se traduce por desprecio de los higos, inaugura una nota más en este camino, pues ahora “se desprecian y se desdennan completamente los bienes de la tierra”. Con gran realismo Orígenes subraya que este desapego total es condición *sine qua non* para acceder a lo superior, pues “si no se desprecia y desdena lo que parece agradable en la tierra, no se puede pasar a las realidades celestiales” (*Hom. Núm. 27, 12*).

La última estación de este largo recorrido por el desierto es el campamento en Abarim frente al Nebó, nombres que se traducen por el paso y separación respectivamente. El alma que ya ha recorrido en sentido ascendente las cuarenta y dos estaciones del desierto, en sentido inverso a las cuarenta y dos generaciones por las que el Verbo de Dios se encarnó en la tierra, ya es arrebatada fuera del mundo, según Orígenes:

Cuando el alma ha viajado a través de estas virtudes y ha alcanzado la cima de la perfección, pasa fuera de este siglo y se separa de él: como está escrito de Henoc: *Y ya no se le hallaba porque Dios le había llevado* (*Gn 5, 24*) (*Hom. Núm. 27, 12*).

Pero, ¿qué significa este arrebató, de qué clase es? Evidentemente no es un arrebató físico, pues todavía sigue viviendo, sino que es más bien un arrebató de tipo espiritual, al modo del apóstol Pablo que afirmaba *no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí (Gál 2, 20)*:

Aunque un hombre de esa clase aparezca todavía presente en el siglo y habitando en la carne, sin embargo ya no se lo hallará. ¿Dónde no se lo halla ya? En los actos del mundo, en las realidades carnales, en los entretenimientos vanos, ahí es donde no se lo halla. Porque Dios *lo ha llevado* lejos de todo eso, y lo ha puesto en un país de virtudes (*Hom. Núm. 27, 12*).

III.III. La unión perfecta

Orígenes termina el comentario de las estaciones en el desierto retomando el tema de la purificación final que se dará una vez que salgamos de este mundo, al atravesar el río que nos separa del Paraíso. El final que perseguimos en todo este largo recorrido espiritual, según el maestro alejandrino, es triple: llegar al bautismo de fuego, aproximarnos al manantial de la Sabiduría y ser llenados de la ciencia divina, pero el efecto es único: merecer entrar, ya purificados, en la Tierra Prometida. Dicho con sus palabras:

La última etapa está *al oeste de Moab, cerca del Jordán (Núm 33, 48; 22, 1)*. Porque todo este recorrido tiene por fin llegar al Río de Dios, acercarnos a las corrientes de la Sabiduría, para que seamos inundados de la ciencia divina; y que así, purificados en todo, merezcamos entrar en la Tierra Prometida (*Hom. Núm. 27, 12*).

O sea, llegar a la unión con Dios, consecuencia de la unión con el *Logos*. Como hemos dejado constancia antes, Orígenes considera que existe una purificación en el fuego previamente a la entrada a la gloria.

La tercera gran etapa del itinerario espiritual del cristiano, la unión perfecta con el Verbo, el alejandrino la ve simbolizada por el *Cantar de los Cantares*, tema que aborda en el comentario que hizo a este libro bíblico. También en el desarrollo que hace en esta obra encontramos la ley del progreso espiritual que acompaña al alma no sólo en el camino de esta vida -con su alternancia de gracias y tenta-

ciones-, sino también más allá de su entrada en la gloria, cuando sin fin vaya creciendo en el conocimiento y el gozo de su Señor.

Orígenes concluye su larga *Homilía XXVII sobre el libro de los Números* con una exhortación final, que incluye una actitud de humildad al dejar el resto del comentario “a la sagacidad y a la meditación de los sabios”, y una oración de deseo con respecto a sus oyentes, que queremos hacer nuestra:

Porque *Dios es Espíritu* (2 Cor 3, 17), *sopla donde quiere* (Jn 3, 8). Nosotros deseamos que sople también sobre ustedes; que puedan descubrir mejores y más altos pensamientos en las palabras del Señor, mientras viajan a través de estos países que hemos descrito en la débil medida de nuestros medios; y que también nosotros podamos avanzar con ustedes por este camino elevado y sublime, bajo la dirección de Nuestro Señor Jesucristo *que es el Camino, la Verdad y la Vida* (Jn 14, 6), hasta que lleguemos al Padre *cuando haya entregado el Reino a Dios Padre y le haya sometido todo principado y toda potestad* (1 Cor 15, 24). *A Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén* (1 Ped 5, 11) (*Hom. Núm. 27, 13*).

Roberto Peña